

R. 30-998

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
GRANADA
N.º Documento 245668
N.º Copia 245676

DISCURSO

LEÍDO EN LA SOLEMNE APERTURA

DEL

CURSO ACADÉMICO DE 1900 À 1901,

EN LA

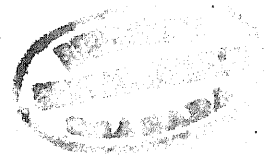
UNIVERSIDAD LITERARIA DE GRANADA

POR EL

Dr. D. Manuel Garrido y Osorio,

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD

de Filosofía y Letras.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA



900245667



GRANADA

IMPRENTA DE INDALECIO VENTURA

1900.

Excmo. é Ilmo. Sr.

Señores:

ACRECE en cierto modo la importancia de este solemne acto, el venir á inaugurar un curso académico, que puede considerarse como un lazo de unión entre dos siglos. Esta especial circunstancia haría más que nunca en extremo plausible el que hubiera de dirigiros la palabra, quien reuniese las dotes necesarias para dar un cumplido *adios* al siglo que termina, y un elocuente saludo al venidero. Mas, ya que la natural cortedad de mis facultades, aumentada no poco por los años, nos expone á dejar incumplido tal intento, y puesto que no es permitido declinar su realización á quien siempre ha tributado un religioso culto al cumplimiento de sus deberes académicos, seráme preciso buscar en estos mis ya habituales sentimientos las fuerzas necesarias para suplir, en lo posible, la indicada falta.

Reconocedor de vuestro ilustrado criterio, y de vuestra nobleza de corazón, cualidades que tanto predisponen á la benevo-

lencia, no puede dudar de alcanzarla quien, como queda indicado, solo viene aquí, porque un precepto reglamentario á ello le obliga, y no ha de olvidar ninguno de los respetos que os son debidos. Con esta seguridad, sin detenerme más en súplicas, que estimo innecesarias, paso á indicar las razones que me han movido á la elección del tema sobre que ha de versar mi modesto trabajo.

Son muy del caso en una oración inaugural, los temas científicos y literarios, los cuales se prestan á profundas y brillantes elucubraciones, digno comienzo de cada nueva etapa en la continúa y ascendente marcha, que han de llevar las sociedades en el camino de su perfeccionamiento intelectual. No son menos apropiados los estudios biográficos de personajes ilustres en cualquiera de los ramos del saber. Y, prescindiendo de otros asuntos menos pertinentes, á fin de no hacer pesada esta enumeración, reclaman, á mi juicio, un lugar preferente, los que en más ó menos se refieran á métodos y procedimientos de enseñanza, sobre todo, si la doctrina se desprende de ejemplos que hayan dado los más sábios maestros.

Fundado en dicho juicio, y en que con él convienen pareceres más autorizados que el mio, alguno de los cuales nos dió, no ha mucho, un elocuente ejemplo, me he propuesto exponer "el estado de la Filosofía griega antes de Sócrates, y los medios empleados por este para restaurarla, indicando á la vez algunas de las ventajas que de ellos puede reportar la enseñanza".

No abrigo la pretensión de que en el desarrollo del indicado tema logre decir cosa alguna que os sea desconocida; pero sí tengo una firme confianza en que reconoceréis mi buen deseo, así como en que, dados ciertos recientes hechos, y atendiendo á la naturaleza del ambiente en el cual hoy ha de vivir nuestra institución, *alma mater* que tanto veneramos, no creeréis inoportuno el recuerdo de cuanto pueda contribuir al perfeccionamiento de los medios con que ha de realizar su delicada y transcendental misión, que hoy más que nunca aumenta en importancia, como el único camino conducente á que sea por fin un hecho la anhelada regeneración de nuestra querida España.

I.

Sin detenernos á examinar quiénes estén más en lo cierto, si Zeller y los que con él afirman que fué ninguna ó de escasísimo valor la influencia de la civilización oriental en la Filosofía griega, ó los que, como Roeth y Gladisch, la juzgan casi como una mera reproducción de los sistemas filosóficos del antiguo Oriente, y en especial de la India, toda vez que la clara y exacta solución de tal litigio solo puede esperarse de las investigaciones y trabajos, en que aun se ocupan sábios orientalistas y egiptólogos, podemos admitir, como seguro, que no tuvieron otro origen muchos de los gérmenes de la cultura griega, y que es por lo menos muy probable, que las concepciones filosóficas de los indicados pueblos llegaron á influir en las primeras manifestaciones de las escuelas griegas.

Mas sea de ello lo que quiera, la raza helénica, poseedora de aptitudes inmejorables para imprimir un bien marcado sello de originalidad á todos sus actos, asimilándose con facilidad extrema cuanto ageno á su propia creación llegara á ella, y favorecidas sus privilegiadas dotes por las condiciones del país en que, despues de recorrer otros varios, había venido á establecerse, no necesitaba, en verdad, extraño impulso para llegar, como lo hizo, en un lapso de tiempo que puede juzgarse breve, habida cuenta de la complejidad é importancia de la empresa, á un alto grado de desarrollo en las varias fases de la civilización de los pueblos. Y decimos que la nueva residencia favorecía las privilegiadas dotes de esta raza, porque, adaptándose muy bien el suelo de la antigua Hállada á la formación de pequeños Estados que pudieran vivir independientes sin caer en el aislamiento, y hallándose bañadas sus entrecortadas costas por mares de suaves olas, mansión de un sin número de fértiles y risueñas islas, y facil camino para el Asia y para el Egipto, emporios, por entonces, del saber, todo ello brindaba á una vida de incesante actividad y lucha, para comunicarse con los de dentro y fuera de la pátria, conservar la independencia de ésta, y contribuir

por todos los medios á su engrandecimiento: actividad y lucha que no solo habían de traer, como natural consecuencia, una mayor cultura, sino imprimir á esta un carácter humano y expansivo. De esto provino que, cual la religión, en vez de anonadar al hombre, como en la India, con la idea del Ser absoluto, inmutable y de aterradora prepotencia, reconocía su individualidad, y el poder que le asistía de elevarse hasta los Dioses, seres superiores é inmortales, pero de forma y cualidades buenas y malas, como el hombre, así también la filosofía se humaniza, saliendo pronto, según tradición por doctos críticos autorizada, del oculto recinto de los templos, mediante los himnos que, además de los *teletes* (τέλεται) ó cantos de iniciación, dirigían al vulgo, en honor de los Dioses universalmente reconocidos, los institutores de los misterios religiosos ó sacerdotes, distinguidos ó simbolizados con los nombres de Orfeo, Museo y Eumolpo, entre otros.

Con posterioridad á estos Aedas religiosos, además de lo que los épicos, y sobre todo Homero, influyeron en la ilustración de la Grecia, Hesiodo, igualmente que Epiménides, Ferécides, y los que por antonomasia han sido llamados los siete sábios de Grecia, presentan ya la concepción filosófica ensanchada y emancipada del templo, y constituyen una moral civil, mediante los conceptos sobre la génesis del mundo y de los Dioses, expresados por el primero, y los sábios y útiles preceptos morales y políticos de todos.

En lo sucesivo, la Filosofía griega tratará de ser una ciencia puramente humana, aspirando á conocer, mediante el uso de las facultades del hombre, las causas primeras, las leyes supremas de la naturaleza y de la libertad, y sus relaciones recíprocas, intentando resolver por sí sola esos grandes problemas, que de continuo agitan la mente humana, respecto al mundo, al hombre y á Dios.

No hemos de examinar cómo realizó sus fines y cuáles fueron sus vicisitudes en todo el desarrollo de su historia; pues solo cumple á nuestro propósito presentar, desde un punto de vista general, su estado y evoluciones durante el primero de los tres periodos, en que más comunmente se divide, ó sea el llamado

ante-socrático, á fin de poder apreciar en todo su valor la revolución filosófica llevada á cabo por Sócrates; porque es evidente que siempre influyen en la importancia de los hechos las circunstancias que á su realización acompañan.

Como en el desarrollo natural de la actividad del espíritu humano el acto directo precede al reflejo, se sigue de ello, por legítima y necesaria consecuencia, que el espíritu, antes de venir sobre sí mismo, ha de ponerse en relación con lo que, siéndole extraño, más fácilmente lo solicita, ó sea con el mundo externo y material, el que de continuo, y generalmente de un modo inevitable, impresiona nuestros sentidos. Y como á esto se une que el conocimiento sensible incluye la misma razón de precedencia respecto al conocimiento intelectual, del que es causa generadora ú ocasión, resulta evidente que este acto intelectual reconoce también como primer objeto el mundo externo y material.

Estas breves consideraciones hacen en extremo comprensible el que la Filosofía griega anterior á Sócrates fuese casi exclusivamente una Filosofía de la naturaleza. Como el joven, cuya edad representa este período en la vida de la indicada Filosofía, el espíritu humano se queda absorto desde el primer momento en la contemplación de los fenómenos sensibles y del Universo todo, contemplación que le arranca sonrisas de placer; pero no impulsa su pensamiento para ir más allá de los límites que el mundo material le señala. Sin embargo, dentro de estos límites, nada le intimida, nada le detiene, sino que, á causa del ardor é inexperiencia propios de su edad juvenil, se lisonjea de explicarlo y conocerlo todo, dando lugar á la formación de varias escuelas filosóficas que, no obstante la diversidad de los caminos que emprenden, todas se dirigen á explicar el origen y la formación del Universo-mundo, viendo la universalidad del ser en las sustancias materiales y sensibles, ó en sus relaciones, así como la realidad identificada en el fondo con el mundo visible, y siendo muy raras é incompletas las ideas de otro orden, que en ellas se profesan.

Aunque otro de los caracteres ó rasgos generales de la Filosofía en este periodo es la obscuridad de expresión, y por consiguiente de concepto, porque muchos de los filósofos á él co-

rrespondientes escribieron sus obras en verso ó con lenguaje poético, acompañado muchas veces de símbolos, y no pocas de sus obras se han perdido por completo, ó solo han llegado á nosotros algunos fragmentos de las mismas, podremos, no obstante, formar un juicio fundado acerca de sus doctrinas, auxiliados por lo que de ellas nos dicen otros escritores griegos y latinos.

“La mayor parte de los primeros filósofos creyeron que estaban en la materia los principios de todas las cosas. Porque aquello de que toda cosa es, de donde proviene toda generación y en donde termina toda destrucción, la esencia que permanece la misma y no hace sino cambiar de accidentes, hé ahí lo que ellos llaman el elemento y principio de los seres.” (1) Con estas palabras nos da á conocer el célebre polígrafo griego y profundo filósofo el caracter de la doctrina sustentada por la escuela jónica, con la cual comienza la Filosofía propiamente tal en Grecia. En efecto, esta escuela se halla caracterizada por ser objeto exclusivo suyo el estudio de los fenómenos sensibles, y por reconocer todos sus partidarios, como principio esencial y sustancia real del mundo, la materia, distinguiéndose únicamente los sistemas ó teorías de los mismos por la especie de materia prima, que cada uno determinaba, y el principio activo que admitían para vencer la natural inercia de esta, viniendo todos, por lo demás, á consecuencias igualmente reprecensibles, como inaceptables por la sana razón, aunque guarden conformidad con las leyes de la Lógica.

Así Tales, que, segun el mismo Aristóteles, fué el fundador de la citada escuela, pone el agua como principio único de cuanto existe, como sustancia primitiva y causa generadora de todos los fenómenos del mundo visible; idéntico valor y aplicaciones atribuyen Ferécides á la tierra, Anaximenes y Diógenes de Apolonia al aire, y Anaximandro al infinito, el cual no es para este filósofo, como dice Aristóteles, (2) sino una mezcla de un número indeterminado de principios elementales, es decir, una causa material.

El principio activo admitido por todos ellos, para explicar las

(1) Arist. Metaph. I, 3.

(2) Metaph. XII, 2.

producciones y transformaciones de las cosas, es el llamado *hiloísmo*, ó sea una fuerza inherente al elemento material, fuerza que lo vivifica y anima, y no puede existir fuera de él.

Heráclito, para quien el elemento primordial de todas las cosas es el fuego, sustancia etérea, ígnea y sutil, explica las referidas formaciones y variaciones por la ley fatal é indeclinable del destino, á que las considera sometidas, ó sea por lo que suelen llamar los filósofos el principio dinámico y la ley universal del *feri*.

Para Anaxágoras, los elementos primarios de las sustancias son más simples y primitivos que la tierra, el agua, el aire y el fuego; y el principio activo es una causa inteligente, espíritu independiente, en ser y esencia, de la materia prima y del mundo que con esta constituye y organiza: principio admirable y fecundo que el filósofo de Clazomena no desarrolla cual pudiera hacerlo; pues resuelve los problemas cosmológicos análogamente á lo hecho por los demás de su escuela.

Leucipo y Demócrito fundan su sistema cosmogónico suponiendo, como materia prima, la existencia de los átomos ó corpúsculos indivisibles y de distinta forma, y, como condición esencial de los seres, la existencia del vacío absoluto, donde en numerosos torbellinos se agitan los átomos, para la formación de las partes y de la totalidad del Universo-mundo, con un movimiento sin origen, sin causa y sin razón suficiente, como dice el ilustre filósofo Fr. Zeferino González, confirmando las indicaciones hechas por Aristóteles.

Y por fin, el filósofo de Agrigento, Empédocles, en medio del sentido contradictorio con que se presentan sus opiniones verdaderas, especie de sincretismo de la doctrina pitagórica, eleática y jónica modificada por Heráclito, puede afirmarse que admitía los mismos cuatro elementos primarios que los demás filósofos jónios, dando mayor importancia al fuego, y señalando, como causa eficiente de la formación y mutaciones y diferencias de las cosas, el amor ó concordia y la discordia, segun manifiesta Aristóteles (1), donde los modernos ven, así como en los atomistas, el llamado *principio mecánico*.

(1) De anima, I, 2.º

Por lo expuesto puede observarse que, á excepción de Anaxágoras, todos los filósofos jónicos identificaron la causa material y la eficiente, al no concebir esta con una naturaleza distinta y una existencia real é independiente de la materia, pudiendo aplicarse á todos ellos lo que dice Plutarco de Anaximandro (1): "Se equivoca, pues, al designar la materia y suprimir la causa eficiente. Porque su infinito ninguna otra cosa es que materia, y no puede la materia obrar, si no lleva consigo la causa agente (si no se halla debajo de ella lo activo)."

La primera y más natural consecuencia de esta errónea identificación de causas, ó falta de distinción de la agente, había de ser el venir al panteísmo materialista más grosero. Ved cual lo declaran los mismos testimonios á que, según queda indicado, hemos de acudir para informarnos de la doctrina sustentada por los filósofos de la escuela jónica. Tales juzgó que todas las cosas estaban llenas de Dioses (2). El mismo, según Diógenes Laercio (3), supuso al mundo animado y lleno de divinidades. Todo en la naturaleza, afirma Heráclito, es vivo y divino (4). La Universalidad de las cosas no es la obra de un Dios, ni la de un hombre, sino que ha sido, es, y será eternamente el fuego vivo, incendiándose y extinguiéndose sin medida (5). Anaximenes juzgó que el aire es Dios (6), y que es aire infinito el origen de donde proviene cuanto existe, ha existido, y existirá, incluso dioses y cosas divinas. (7)

Y por más que, como acabamos de ver, estos filósofos hablaban de dioses, la manera que tenían de concebirlos y presentarlos, siempre confundidos ó identificados con la materia y sus leyes naturales, da motivo para considerar tales creencias como una simple y débil divinización de la naturaleza, un teísmo físico de tan poco relieve, que fácilmente puede confundirse con el ateísmo, y que se ve obligado á atribuir á la fatalidad todos los

(1) De placit. philosoph. I, 3.

(2) Arist. De anima, I, 5, 17.

(3) I, 27.

(4) Diog. L. IX, 7.

(5) Clem. de Alej. Stromates, ed. Potter, p. 711.

(6) Cicerón. De natura deorum, I, 10.

(7) Orígenes, Philosophumena I, 6, ed. Cruize, p. 18.

acontecimientos que se producen en el mundo, pudiendo decirse generalmente de los filósofos jónicos lo que Plutarco dice de Heráclito: que atribuye cuanto sucede al Destino, y pretende que éste es la misma cosa que la necesidad. (1)

Análogo juicio debe formarse respecto á la moral. Algunos preceptos morales, atribuidos á Tales por Diógenes Laercio, no eran considerados por su mismo autor como correspondientes á la Filosofía, la que en la escuela jónica no dirige sus investigaciones á nada más que á la Física, Astronomía y Cosmogonía. Así es que la palabra *φρόνσις* (prudencia) no significa para los filósofos de esta escuela la virtud que enseña al hombre á discernir lo bueno y lo malo, para hacer la elección conveniente en los casos de la vida, sino la exégesis ó interpretación de la manera como el Universo es gobernado. (2)

Mas cuando el ateísmo es bien manifiesto en esta escuela empírica y materialista, y cuando llega al último grado de sus errores en lo que respecta á la moral, quedando esta reducida á una cuestión de cálculo, es al proclamar Leucipo y Demócrito la eternidad del movimiento de los átomos, considerándolos como único principio y causa de la producción y alteración de las cosas. La constancia de las leyes de la naturaleza nunca llega á revelar á los atomistas la existencia de un primer motor: el poder que preside á su regularidad es para ellos únicamente un poder ciego, y que en nada difiere de la fatalidad; porque, según Diógenes Laercio, (3) Demócrito juzga que todo se hace con sujeción á la necesidad, siendo causa de la generación de todas las cosas un torbellino, á que llama necesidad; y Leucipo dice (4) que, como las generaciones del mundo, así tambien los incrementos y disminuciones y corrupciones se verifican según cierta necesidad, que no da á conocer cuál sea.

De la asociación político-religiosa fundada por Pitágoras en Crotona, ciudad de Italia meridional, cuando en las costas del

(1) De plac. philos., I, 27.

(2) Sexto Empírico. Adv. math., VII, 133.

(3) IX, 45.

(4) Diog. L. IX, 33.

Asia menor se desarrollaba la filosofía jónica, surgió otra escuela filosófica, cuyo objeto no era el estudio de los fenómenos sensibles, tomados en sí mismos, sino las relaciones de dichos fenómenos, es decir, que sustituía la realidad de los hechos con la de sus relaciones, ó sea con una abstracción, y afirmaba que las cosas son una imitación de los números. (1).

Ciertamente que tal cambio en el planteamiento del problema cosmológico, llevándolo del terreno puramente material y sensible al de las abstracciones y especulaciones matemáticas, le imprimía un carácter más racional y profundo, un modo de ser más universal y científico; pero en medio de esto, miradas en el fondo las teorías de la escuela itálica, no son tampoco otra cosa que teorías físicas. Así lo juzgó Aristóteles cuando dijo: (2) “los llamados Pitagóricos se valen de principios y elementos mucho más extraños que los físicos; y es causa de esto que no los toman de las cosas sensibles, porque los seres matemáticos son sin movimiento, á excepción de aquellos que á la Astronomía pertenecen. Estos filósofos, no obstante, discurren y tratan siempre acerca de la naturaleza; porque engendran el cielo y observan lo que acontece en todas sus partes, relaciones y movimientos, y toman de esto sus causas y sus principios, como si conviniesen con los físicos en que el ser es todo lo sensible, y que está contenido por el llamado cielo.”

Extraña, en verdad, que, cuando por los principios que admiten, pudieran elevarse á la concepción de seres que estén fuera del alcance de los sentidos, se concreten á observar y estudiar los fenómenos de la naturaleza física, la producción y las transformaciones de las cosas, las revoluciones y los movimientos del mundo. Si alguna vez intentan descubrir un ser no sensible, jamás llegan á hacer de él una realidad viviente. Esta es la causa de que les sirva de poco el haber concebido la idea de Dios de una manera más elevada y más espiritual que los jónios: el Dios que ellos han concebido jamás sale de las nubes de la abstracción. Podemos, pues, concluir diciendo con Ravaisson: “La escuela itálica no piensa aún en nada más que en la naturaleza; no

(1) Arist. I, 6, 2.

(2) Metaph I, 8, 13.

aspira apenas con sus principios incorpóreos en apariencia, sino á explicar el mundo sensible. En sus ensayos imperfectos de definición, toma por esencia el número; pero no hace del mismo, sino una materia de que compone las realidades... Ella tiene de la Metafísica una inspiración secreta; su intención, su voluntad no pasan de la física.” (1)

La tercera escuela filosófica del periodo ante-socrático, fundada por Jenófanes en Elea, ciudad de Italia, viene á ser una antítesis de la jónica, y sobre todo, de la doctrina sustentada por Heráclito, y como una exageración ó consecuencia extrema de la pitagórica. En efecto, al paso que la jónica no reconocía otra realidad que los fenómenos y los objetos sensibles, la eleática niega la existencia de unos y otros, considerándolos como una fantasmagoría, una ilusión de la mente. Para los eleáticos el conocimiento sensible está necesariamente destinado al error y á la ilusión. Así dice Parménides, quien, con Zenón, representa principalmente esta escuela: “No enseñes jamás que existen las cosas que no existen, sino aparta la mente de esta senda de investigación, y que la costumbre no te arrastre en un camino de múltiple experiencia á consultar unos ojos ciegos, y un oído y una lengua confusos,” (2). La escuela de Elea, por tanto, niega la realidad sensible: la única realidad por ella admitida era la sustancia, ser impalpable é invisible, τὸ ὄν. Este es el ser, al que con exclusión de todo otro, conceden los eleáticos la existencia, cuando proclaman que “todos los seres se reducen á uno, y que la unidad es el ser.” (3) Esta unidad absoluta, de la que no se podría distinguir la misma existencia humana, no es otra cosa que una impalpable abstracción, una quimera, en la que hallaron origen las no menos quiméricas concepciones metafísicas de Plotino.

Como, según Parménides (4) “el pensar y el ser son la misma cosa,” y (5) “el mismo pensamiento es idéntico á la causa que lo

(1) Ravaisson. Essai sur la Métaphysique d' Aristote, t. I, ps. 271 y 272.

(2) Parmenidis carminum reliquiae, ed. Didot. v. 52 y sig.

(3) Arist. Metaph. III, 4, § 26.

(4) Parmenid. Reliq. v. 40.

(5) Parmenid. Reliq. v. 94.

produce;„ y como queda indicado que consideraban toda existencia imposible absolutamente, fuera de la unidad absoluta, podemos añadir que tampoco es posible el concebir esa indivisible unidad, que es la sola existente en todas partes, y siempre la misma. En otros términos: confundir en una sola y misma unidad á Dios, al Universo-mundo y al hombre; no hacer diferencia alguna entre el ser y el concebir el ser, y aun creer que es imposible toda diferencia entre dichos términos, en vez de ser una explicación de la naturaleza, como juzgaban los eleatas, es, sin duda alguna, el más completo absurdo, la mayor aberración á que puede venir á parar la razón humana, cuando, tomando un falso principio como punto de partida, impulsada por las leyes de la Lógica, va sacando, sin retroceder ante consideración alguna, todas las consecuencias que de aquél se desprenden.

La abstracción en el Eleatismo es completa: no encierra su doctrina relación alguna que tienda á la existencia y á la realidad, sino que en toda ella reina el mayor alejamiento de las mismas, la abstracción en todo, y sólo la abstracción. Mas así no se salía verdaderamente del círculo de la naturaleza, como muy clara y fundadamente lo manifiesta M. Ravaisson (1): “sino que era solamente resolver la naturaleza en una existencia y unidad universal, que solo difiere de aquella por la abstracción, y es únicamente la naturaleza misma considerada como una. Así el Dios de Jenófanes y de Parménides no es aún, sino el mundo dilatado, aunque sin división, bajo la forma de una esfera inmóvil, uniformemente llena de sensación y de pensamiento; y el pensamiento no está á los ojos de estos idealistas, ó pretendidos espiritualistas, separado, ni es realmente diferente de la sensación.”

El sensualismo, pues, del que tanto querían alejarse estos filósofos, y para evitar el cual cometieron los mayores desvaríos, el sensualismo, repito, se les impuso fatalmente. Del mismo modo que Demócrito, (2) manifiesta Parménides (3) que no existe diferencia alguna entre sentir y pensar; y este último dice

(1) Ravaisson. O. C. T. II, p. 3.

(2) Arist. Metaph. IV, 5, § 7.

(3) Theophr. De sensu et sensibilibus, cap. I, § IV.

también: “Cual es para cada uno la complexión de sus flexibles miembros, tal se presenta también la inteligencia de los hombres; porque lo que constituye el pensamiento en ellos, ya en todos, ya en cada uno es la naturaleza de los miembros: lo que prevalece, pues, es la inteligencia.” (1)

No abonan, por tanto, en nada los párrafos transcriptos el pretendido espiritualismo de los idealistas de la escuela de Elea; y dan motivo para creer que no difieren en mucho la teoría del conocimiento de los mismos, y especialmente de Parménides y la sostenida por el jónico Heráclito. Ambos recusan *el testimonio de los sentidos*, mas el primero, aunque sienta que la razón sola es la que conoce la verdad y la realidad, acabamos de ver su declaración de que existe relación de identidad entre sentir y pensar, y una necesaria correlación entre la complexión de los miembros en el hombre, y su inteligencia. El segundo á su vez afirma sin vacilar, no obstante la recusación antes indicada, que “es á los sentidos, ventanas del alma, según dice, á los que el hombre es deudor de su razón y de su inteligencia; pues solo los canales de los sentidos lo ponen en comunicación con el alma universal y la razón divina.” (2)

Por otro lado, el idealismo que niega por completo á la experiencia su conveniente y legítima intervención para lograr abrir el pensamiento humano á las cosas inteligibles, y familiarizarle con la verdad pura y eterna; el idealismo que, con sus afirmaciones sin prueba, se encuentra sin el punto de apoyo necesario que garantice su estabilidad y le impida venir, efecto del más pequeño impulso, por imprevisión, ó por su natural desarrollo, á precipitarse en el insondable abismo de la incredulidad y de la duda, no podía ser un preservativo eficaz, ni un enérgico remedio contra el escepticismo, cual por una peligrosa y muy temible ilusión ha solido juzgarse. Una bien clara prueba de esto nos suministra la tentativa de Berkeley para renovar en el pasado siglo el idealismo. En el prefacio de sus Diálogos, dice el referido filósofo: “Si se admiten como verdaderos los principios que me esfuerzo en difundir, las consecuencias que yo veo claramen-

(1) Parm. carm. rel. v. 146. et. sqq.

(2) Sextus Empiricus. O. C. VII, 126 sqq.

te son: la destrucción total del ateísmo y del escepticismo, el olvido de la paradoja y la vuelta al sentido común., Innecesario es referir el desencanto que experimentaron tan nobles como ilusorios propósitos.

Mas no hacía falta salir de la escuela de Elea para hallar elocuente ejemplo de lo expuesto que está el idealismo á caer en la incredulidad y en la duda. Gorgias, representante de la última evolución de la referida escuela, y discípulo de Zenón, aplicó al ser único, á la realidad abstracta de los eleáticos, los argumentos que su maestro había empleado para combatir la existencia del espacio, del movimiento y en general, del mundo sensible, transformando por este medio en nihilismo escéptico el sensualismo absoluto de Parménides y de Zenón. (1)

Con razón, pues, se ha dicho que el Eleatismo es la pirámide orgullosa, de que habló Bacón, á la que de nada le sirve elevar su cúspide hasta los cielos, puesto que su base está ruïnosa, y debe ceder al primer choque.

Por lo hasta aquí expuesto puede notarse que, durante el periodo ante-socrático, la filosofía griega fué siempre una filosofía de la naturaleza por más que tomara muy diversas y encontradas direcciones ó tendencias, para dar solución al constante y casi único problema que la ocupa: el origen y formación del Universo-mundo. De las teorías que hemos visto surgir con este intento, y que traían la concepción filosófica de una exageración á otra exageración, las que representaban los lados más opuestos de la misma eran las sustentadas por las escuelas jónica y eleática, escuelas que corresponden á las de la India denominadas Sankhya, fundada por Kapila, y Vedanta, atribuída á Vyasa. La contradicción y oposición de sus doctrinas había de ocasionar la lucha entre las citadas escuelas, y la falta de sólido fundamento daba á una y otra la posibilidad de destruir á su contraria. Así M. Coussin dice en este sentido: "La escuela de Elea confunde fácilmente al empirismo jónico, y le impele á la contradicción y al absurdo, probándole que, ya en el mundo exterior, ya en el de la conciencia, la variedad no es posible, ni es concebible, sino á condición de la unidad. Al mis-

(1) Fr. Zef. González. H.^a de la F.^a t. I. p. 191, §. 45.

mo tiempo el buen sentido del empirismo jónico condena la unidad eleática, que existiendo sola, sin ningún dualismo, y por consiguiente sin pensamiento, porque todo pensamiento supone al menos la dualidad del sujeto que piensa y del objeto pensado, excluye por completo toda noción, hasta la de la propia existencia, y se reduce á una existencia absoluta, muy semejante á la nada de la existencia., (1) Por su parte Zenón de Elea en rigurosa lucha que da origen á la dialéctica, destruye por completo el dogmatismo jónico de Heráclito, así como los atomistas, sin esfuerzo alguno, reducen al absurdo el idealismo exclusivo de Parménides. Y esto proviene de que ni una ni otra escuela presentan afirmaciones que puedan resistir el más leve impulso de una razonada crítica, porque es del mismo modo falsa "la realidad tomada solamente de lo visible, y la de lo invisible: de una y otra parte igual error é igual riesgo, igual olvido de la naturaleza humana, igual olvido de una de las partes esenciales del pensamiento y de las cosas." (2)

Al llegar á este grado de importancia y de extensión el desvarío de la inteligencia humana, al lanzarse la Filosofía á tan insensatas especulaciones, que solo producían quimeras, sobrevino por una casi necesaria consecuencia el entronizamiento del más completo y descarado escepticismo, constituyéndose así una funesta escuela, que negaba todo valor real ú objetivo, y por consiguiente toda distinción, á la verdad y al error, al bien y al mal, á la virtud y al vicio. Sus partidarios ó sostenedores fueron llamados sofistas, denominación que, si antes se daba á quienes se consagraran á la enseñanza de la sabiduría y de la elocuencia, desde los fines de este periodo antesocrático, pasó á significar el hombre que practica la elocuencia movido por el lucro, y que, alardeando de defender hasta las más encontradas tesis, sólo lleva al ánimo de sus oyentes un conjunto de argucias y sofismas.

Su lucha con las escuelas filosóficas, que hallaron establecidas, era implacable, á la vez que en extremo fácil y eficaz: con las doctrinas sustentadas por los unos, destruían las de sus anti-

(1) Coussin. Hist. gen. de la Phil, 7.^o ed. p. 116.

(2) Coussin, Fragments de Philosophie ancienne. Xenophane.

téticas, y procediendo después en sentido inverso, llegaban á la completa destrucción de todas, pretendiendo fundar sobre sus ruinas el referido escepticismo.

Y cabe aquí afirmar, en honor á la verdad y á la exactitud en los juicios, que los sofistas con su cruel y acerba crítica, aunque de un modo involuntario, causaron un favorable resultado en la especulación filosófica, haciéndola recaer también sobre el hasta entonces desatendido sujeto del conocimiento, al obligar al espíritu á que se diera cuenta de sus opiniones, y al prevenirle contra unos sistemas sobrados de pretensiones, y que sin el auxilio de método alguno se jactaban de conocer y explicar cuanto á la naturaleza física se refiere. Pero este subjetivismo de los sofistas era puramente escéptico, y lejos de servir para informar al espíritu de su propio valor y elevarle á concepciones universales y científicas, venía á destruir cuanto había constituido hasta entonces la Filosofía naturalista, sin sustituirlo con nada, sin dejar en pos de sí otra cosa más que una negación absoluta, y la perversión de la conciencia humana.

La salvación de la ciencia y la salud de la moral reclamaban, por tanto, de consuno librar á la humanidad de la influencia mortífera del escepticismo y sistemática negación, comenzando por quitar la máscara á los sofistas y convencerlos igualmente de su contradicción y de su error. Para llevar á feliz término esta regeneradora, árdua y urgente empresa, era necesario un hombre de vigoroso é ilustrado, al par que penetrante y flexible espíritu; que pudiese hacer uso con extrema habilidad, tanto de las concluyentes armas de la lógica, como de las disimuladas y punzantes de la ironía; un hombre, así mismo, de imperturbable buen sentido y de profundo amor á la virtud y á la humanidad, para que, con la abnegación y fuerza de voluntad necesarias, pusiese término al reinado de la hipótesis y de la imaginación, y restableciese el de la ciencia sobre una base que hiciera posible y convincente la adquisición de la verdad.

La Providencia, que nunca abandona á la humanidad, hizo que cuando la sofística se contaba más segura de su triunfo, surgiera, casi de su mismo seno, ese hombre que sin temor y sin descanso consagró su vida entera á la obra regeneradora, cuya necesidad tanto se hacía sentir. Ese hombre fué Sócrates.

II.

Hijo de un escultor, llamado Sofronisco, y de una partera, denominada Fenareta, nació en Atenas, en 469 antes de J. C., y se dedicó en los primeros años de su juventud á la profesión de su padre, revelando, sin duda, felices dotes para el arte; puesto que en el corto plazo de su ejercicio consiguió esculpir un grupo de las Gracias, que mereció la distinción de ser colocado en la entrada de la Acrópolis, según afirma Pausanias. (1)

Gracias á la generosidad de Critón, pudo dejar la profesión de escultor, para entregarse al cultivo de la Filosofía, hácia el cual experimentaba natural inclinación. Platón y Jenofonte en completa conformidad afirman que no debió Sócrates á ninguna influencia extraña su dirección científica, sino que fué él mismo creador de su filosofía. (2) Estas aserciones, irrecusables en verdad por la reconocida autoridad de su origen, no pueden tomarse en el sentido de que Sócrates permaneciese sin rendir á las ideas filosóficas, que encontró dominando en la Grecia, un tributo tan natural en un espíritu cuyas aptitudes, y por tanto, cuya propensión á esa clase de conocimientos no era dable superar. Confirman tal opinión las tradiciones que presentan al hijo de Fenareta, como discípulo de los más célebres maestros en Filosofía, que hubo en su tiempo, tradiciones que, aunque no se hallan abonadas por sólido fundamento, nos dicen, cuando menos, que aquel rindió culto, en un principio, á doctrinas iguales ó análogas á las sostenidas por los indicados maestros. Concretándonos á los tres que principalmente se le atribuyen, haremos observar, en primer término, que Prodicó, juzgado por algunos, no sólo maestro sino precursor de Sócrates, creador de la Filosofía moral, no fué ni lo uno ni lo otro. Es cierto que Platón en varios pasajes de sus obras (3) hace llamar á Sócrates discípulo y

(1) A. C. I., 22, 8; y IX., 35, 7.

(2) Jen. Banquete I, 5. Pl. Laques, 186, c.

(3) Protágoras, 341, a, etc.

amigo de Prodicó, y celebrar su sabiduría antigua y divina; más estas frases envuelven solamente esa ironía que con tanta frecuencia empleaba Sócrates con los sofistas. El mismo Platón lo revela en un pasaje de su *Cratilo*, donde Sócrates dice á Hermógenes, tratando del estudio de los nombres: "Enhorabuena, si yo hubiera oído á Prodicó su demostración á cincuenta dracmas por persona, demostración que nos hace conocer, según él dice, todo lo que debe saberse respecto á esto: en tal caso nada tendría el que tú no aprendieses al punto la verdad sobre la propiedad de los nombres. ¡Pero qué!, yo no he oído sino su demostración del precio de una dracma; yo no puedo saber lo que hay de verdad sobre este punto," (1)

Por este pasaje se comprende fácilmente, no sólo que las antedichas alabanzas á Prodicó envolvían la indicada ironía, sino también que Sócrates en manera alguna fué discípulo de aquél; que únicamente asistió á la conferencia preliminar que acostumbraban á dar los sofistas, á un ínfimo precio, cuando llegaban á una población, á fin de dar una idea de sus doctrinas y elocuencia, y proporcionarse para las sucesivas un numeroso concurso, que les diera pingües rendimientos; no de otro modo que la gente dedicada al comercio ambulante, y que tiene su industria bien organizada, lo primero que hace en todos los puntos á que llega es repartir gratuitamente incitantes prospectos que le granjeen el mayor número posible de compradores. Sócrates, sin embargo, no asistió á las demás conferencias dadas por Prodicó en Atenas, ya fuese por no creerlas merecedoras de las cincuenta dracmas, ó ya por no poder él en su juventud sufragar tales estipendios, como lo declara en otro *Diálogo* de Platón. (2)

Y si Prodicó no fué el maestro de Sócrates, menos pudo ser su precursor para la creación de la Filosofía moral. Fúndanse los que tal dictado le conceden en su alegoría de Hércules en presencia del vicio y de la virtud, bellísimo y bien fundamentado trabajo, que mereció el que Sócrates lo propusiera á la me-

(1) Plat. *Crat.*, 384, b.
(2) Laques 186, c, 15.

ditación de Aristipo de Cyrene, para arreglar por él su vida, cuando conversaban sobre los placeres, y la templanza. (1)

Mas aun con tan magnífico elogio á la virtud, ¿qué influencia moralizadora podía ejercer un hombre que sólo amaba el oro y los placeres, y á quien se le veía igualmente dispuesto á elogiar hoy las delicias y goces íntimos de la virtud, y á alabar mañana los encantos del vicio y los atractivos del placer? Nó, un hombre de tales condiciones no podía preparar el camino al creador de la Filosofía moral, no podía sembrar gérmenes favorables para implantar en la sociedad un razonado y fervoroso culto al cumplimiento del deber.

Respecto á Anaxágoras, aunque Brucker (2) y otros han dado por seguro que fué maestro de Sócrates, debemos hacer notar la incertidumbre de las tradiciones y la falta de antigüedad de los testimonios que fundamentan tal juicio, recordando sobre todo que Sócrates mismo declara en el *Fedón* de Platón no haber adquirido conocimiento de la doctrina de Anaxágoras, nada más que por la lectura de sus libros.

Otra cosa sucede con Arquelao, á quien, según su contemporáneo Ion de Quíos, acompañó Sócrates, siendo joven, en un viaje á Samos (3); y Diógenes Laercio afirma con toda seguridad en varios puntos de su obra que Arquelao fué maestro de Sócrates (4), opinión admitida por indudable en toda la antigüedad, como pudiéramos confirmar con pasajes de numerosos escritores. Pero aun más que esta unanimidad le da realmente el valor de indudable la analogía que se nota entre las doctrinas enseñadas por Arquelao y los estudios de que sabemos estaba apasionado Sócrates en su juventud. Arquelao, aunque discípulo de Anaxágoras, se aproximaba más á los antiguos jónios, no siendo para él el espíritu ese motor de los elementos y fuerzas materiales, que su maestro había reconocido y proclamado, sino una mezcla primitiva (5), y admitiendo como principio genera-

(1) Mem. de Socrat. II, c. 1, 21.

(2) H.ª Crit. Philos. Lips., 1742, t. I, p. 525.

(3) Ion de Quíos. *Fragm.* 9, en los *fragm.* de los *lists.* griegos de Didot, t. II., p. 49.

(4) D. L. II. 16, etc.

(5) Orígenes, *Philosophumena*, I, 8, ed. Cruice, p. 23.

dor de la naturaleza el aire, según Plutarco (1) y otros, ó el frío y el calor según Diógenes Laercio: (2) á esto debió sin duda el ser apellidado *el físico*.

Sócrates á su vez, cuando joven, no de otros que de los estudios físicos se hallaba apasionado, lo que se comprende por la manera de presentarlo Aristófanes en su comedia *Las Nubes*, y el mismo Sócrates nos lo declara. En *Las Nubes*, Sócrates es un hombre que anda por los aires, contempla el Sol, y por una indiscreta curiosidad, procura penetrar los secretos de la naturaleza, tanto en el cielo, como en la tierra. Y en medio de la libertad que daba la antigua comedia griega para la exageración, ¿hubiera podido Aristófanes entregarse á una crítica tan mordaz, y atribuir á Sócrates los rasgos con que lo presenta, si en realidad nada hubiera correspondido á la una y á los otros, cuando Sócrates pasaba la vida entre los Atenenses, y era en extremo conocido de éstos? La declaración que el mismo Sócrates hace en el Fedón no es menos expresiva y convincente, tanto que no quiero dejar de trasladarla aquí, aunque es algo extensa. “Durante mi juventud, dice él, es increíble el deseo que yo tenía de conocer esta ciencia, que se llama la historia de la naturaleza. Yo encontraba algo de sublime en saber las causas de cada cosa; lo que le hace nacer, lo que le hace morir, lo que le hace existir, y con frecuencia me atormentaba de mil maneras, examinando, en primer término, si, cuando el calor y el frío han concebido alguna corrupción, como algunos decían, entonces, pues, se desarrollan los seres vivientes; si es la sangre la que nos hace pensar, ó el aire, ó el fuego, ó ninguna de estas cosas, sino que es el cerebro el que nos suministra las sensaciones del oído, de la vista, y del olfato, y de estas sensaciones nace la memoria y la imaginación; y de la memoria y de la imaginación, habiendo estas adquirido el reposo, nace la ciencia. Reflexionando así mismo, en la corrupción de estas cosas, tanto en las alteraciones referentes al cielo, como á las de la tierra, me

(1) De placit. philos. I, 3.

(2) II, 16.

pareció, en fin, ser yo más inhábil para estas investigaciones, que cuanto es posible serlo., (1)

Es, pues, bien manifiesto que Sócrates comenzó siendo un filósofo de sus días, un admirador y un entusiasta adepto de esa filosofía de la naturaleza, que hasta entonces había dominado en Grecia, necesitando, por tanto, experimentar una gran transformación, para poder decir de él, con Cicerón, que justamente puede ser llamado padre de la Filosofía, es decir, de la Filosofía digna de tal nombre, de la Filosofía espiritualista. Su genio, sin embargo, sus privilegiadas dotes para esta clase de estudios, no dejaron pasar mucho tiempo sin que notara un vacío en las soluciones que le presentaban sus primeras doctrinas filosóficas, y la falta de esa íntima tranquilidad y satisfacción que siempre resulta de una plena conciencia de haber adquirido la verdad. Comprendiendo ya que ésta era imposible por el camino seguido, y que en aquel completo desvarío de las especulaciones filosóficas, aumentado en extremo por la no menos insensata y demoleadora obra de la sofística, no había punto de apoyo para evitar la caída al insondable abismo de la incredulidad y de la negación absoluta, buscaba remedio á tan graves males, cuando, según propia confesión, la lectura de los libros de Anaxágoras, vino á sugerírsele.

Anaxágoras había afirmado la existencia de una Inteligencia suprema, é independiente del Universo-mundo, causa de todos los seres, y del orden y armonía que reina entre los mismos, concepción hasta entonces desconocida, que arrebató y llenó de entusiasmo y regocijo á Sócrates, el cual desde el primer momento comprendió la sublimidad y gran transcendencia de la misma. Así fué que, aun cuando, en vez de hallar, como se había figurado, en el filósofo de Clazomena el maestro que le explicara, mediante tan sublime concepto la causa de todas las cosas, á poco que adelantó en su lectura “vió un hombre que no hacía intervenir en nada esta inteligencia, y que no daba ninguna razón de ese bello orden, y de esa bella disposición,, á pesar de la extremada decepción que esto le produjo, no decayó en su entusiasmo, ni varió en el juicio que, desde luego, concibiera,

(1) Platón. Fedón, 96.

de que, con la aplicación y desarrollo de tan fecundo y luminoso principio, tendrían un seguro derrotero, y nuevo y más elevado horizonte las investigaciones filosóficas, en las cuales, nunca por falta de medios vendría á ser imposible ó inconsciente la adquisición de la verdad.

Todo esto lo revela claramente en la conversación que tuvo con los discípulos que le acompañaban, cuando esperaba el momento de beber la cicuta, castigo que con tanta injusticia le había sido impuesto. “Habiendo oído leer, dice Sócrates, en un libro de Anaxágoras, que, según este filósofo, *la inteligencia es la causa de todos los seres, y que ella los ha dispuesto y ordenado*, me sentí lleno de regocijo; me pareció que no hay nada más cierto que este principio: *la inteligencia es la fuente de todos los seres*; y pensé que, si esto es así, la inteligencia ordenatriz lo ha arreglado todo, y ha colocado cada cosa en la forma y lugar que mejor pueden darse. Así pues, si uno quisiera encontrar las causas de cada cosa, cómo nace, ó perece, ó existe, no hay más que buscar acerca de ella la manera que le es mejor, ya para existir, ya para hacer ó sufrir todo lo que le corresponda; y de este principio se sigue precisamente que ninguna otra cosa importa al hombre inquirir, ya en lo que á sí mismo toca, ya en todo lo demás, sino lo que es *lo mejor y lo más perfecto*; y que así necesariamente llega también este mismo hombre á conocer *lo peor*; porque es la misma la ciencia para lo uno y para lo otro. Pensando yo en esto me regocijaba con la creencia de haber encontrado en Anaxágoras un maestro que, según mi deseo, me explicara la causa de todas las cosas, y que, después de haberme dicho, por ejemplo, que la tierra es llana ó redonda me enseñara la causa y la necesidad de la forma atribuida, alegando el principio de *lo mejor*, y probando que dicha forma era tal por ser la mejor; así mismo si dijera que la tierra está en el centro del mundo, yo esperaba que había de explicar que era también por *lo mejor*, por lo que estaba en el referido punto; y si me hacía estas aclaraciones, yo estaba dispuesto á no echar de menos ninguna otra especie de causa. También me proponía hacerle análogas preguntas respecto al Sol, á la Luna y á los demás astros, para darme cuenta razonada de sus movimientos, de sus

revoluciones y de todo lo que les acontece, y para saber, en fin, que es con arreglo al principio de *lo mejor*, como todos ellos cumplen la tarea que les está señalada. Porque yo no creía que un hombre, que declaraba haber sido estas cosas ordenadas por la Inteligencia, pudiera asignarles alguna otra causa, sino la de que son, como son, por razón de *lo mejor*, es decir, por su bondad y perfección; y estaba, pues, muy confiado en que, quien asignaba esta causa, en general y en particular, haría conocer en qué consiste el bien de cada cosa, por separado, y el bien común á todas. Por ningún precio hubiera dado mis esperanzas. Así, habiendo adquirido con toda diligencia el indicado libro, me puse á leer lo más deprisa posible, para conocer cuanto antes lo más bueno y lo más malo de las cosas.,

“Pero decaí bien pronto en estas grandes esperanzas; pues apenas adelanté algo en la lectura, vi un hombre que no hacía ningún uso de la Inteligencia, y que, en vez de servirse de ésta para explicar el orden ó disposición de las cosas, ponía en su lugar el aire, el éter, el agua, y otras cosas tan absurdas como éstas. Me pareció que obraba como quien al principio declarase: *Todo lo que Sócrates hace, lo hace con inteligencia*; y que en seguida, queriendo darse cuenta de cada una de las cosas que hago, dijera, que hoy, por ejemplo, estoy aquí sentado sobre mi lecho, porque mi cuerpo está compuesto de huesos y nervios; que los huesos, siendo duros y sólidos, están separados por coyunturas, y que los músculos ligan los huesos con las carnes y la piel que los encierra y abraza los unos y los otros; que estando los huesos libres en sus envolturas, los músculos, que pueden extenderse y contraerse, hacen que yo pueda doblar las piernas, como veis; y que esta es la causa por la cual estoy aquí sentado de esta manera: ó bien aún, el proceder de tal hombre es como si, para explicar la causa de nuestra conversación, la buscara en el sonido de la voz, en el aire, en el oído, y en otras mil cosas semejantes, sin pensar en hablar de la verdadera causa; es decir, que habiendo los Atenienses juzgado que era mejor condenarme, yo he creído también que era mejor estar sentado sobre este lecho, y esperar tranquilamente la pena que me han impuesto; porque yo os juro, que haría ya largo tiempo que estos

músculos y estos huesos estarían en Megara ó en Beocia, si yo hubiese creído que esto fuera mejor, y no hubiese, por el contrario, tenido por más justo y más bello someterme á la pena que la pátria me ha impuesto, mejor que escaparme y andar fugitivo. Pero es una extrema necedad llamar causas á tales cosas. Si se dijera que, sin tener ni huesos ni nervios, ni las demás cosas que poseo, no me sería posible hacer lo que juzgara conveniente, se diría la verdad; pero decir que estos órganos son la causa de las cosas que hago, y que de esta manera obro con inteligencia, mas no por la elección de lo que es mejor, éste sería el más alto grado de torpeza; porque eso fuera no poder distinguir que una cosa es la causa, y otra cosa es aquello sin lo cual la causa no sería jamás causa; lo que, á mi parecer, viene precisamente de que la generalidad de las personas, buscando á tientas, como el que anda en la obscuridad, usan de nombres faltos de propiedad hasta ese punto. Por esta causa también, unos, rodeando la tierra de un torbellino, la suponen fija en el centro del cielo; otros le dan por base el aire, figurándose como una ancha artesa; mas ninguno busca esa potencia que ha dispuesto las cosas *lo mejor posible*, ni hay quien juzgue que ella tenga ninguna virtud divina; sino que todos se imaginan poder encontrar un Atlas más fuerte, más inmortal y más capaz de sostener el mundo; ¡y el principio esencial del bien, único que liga y sostiene todo, lo juzgan una quimera!., (1)

Quedan bien manifiestas en este pasaje la inconsecuencia de Anaxágoras al no hacer aplicación del sublime principio que había proclamado, y la gran extrañeza de Sócrates al notar lo estéril que, por ese erróneo proceder, resultaba tan admirable y fecunda concepción, en la que él veía la causa generatriz y ordenadora, no solo del mundo físico, sino también del mundo moral. Porque es de advertir que, si Anaxágoras no trata separadamente del hombre, porque el hombre, á su juicio, se confunde con el Universo, que en cierto modo lo absorbe, Sócrates, por el contrario, dada la idea de la Inteligencia suprema y del Universo-mundo, no tarda en ver en el hombre una verdadera síntesis de esos dos términos; de los cuales, el cuerpo es parte gro-

(1) Plat. Fed. 98 y 99.

será, que tiende á confundirle con el mundo, y el alma, que es invisible, que participa de la razón y de la armonía de los seres inteligentes y eternos, y es la más perfecta de las cosas que haya formado el Ser perfecto, (1) acerca al hombre á la Inteligencia suprema, ejerciendo sobre el cuerpo una influencia muy análoga á la que ésta ejerce sobre el mundo, es decir, que el dominio absoluto que reconoce Sócrates tener en el mundo la Inteligencia suprema, lo atribuye, de análogo modo, en el hombre al pensamiento, imagen de la sabiduría divina, de la que emana.

El mismo pasaje del Fedón pone igualmente de manifiesto que también en el principio de la Inteligencia suprema encontró Sócrates la razón del optimismo. Su buen sentido no le permitió creer que tal Inteligencia fuese indiferente al bien y al mal, ni que pudiera determinarse á obrar de otra manera que en vista del bien, opinión que le hizo descubrir en ella, como primer atributo, la bondad, y le sugirió la teoría de la Providencia. Considera las perfecciones todas de la naturaleza como evidente muestra de esa bondad divina, que todo lo ha previsto, todo lo ha medido, todo lo ha ordenado, por razón de *lo mejor*.

No es necesario para nuestro intento determinar aquí cómo debe entenderse la afirmación filosófica de que *Dios, al crear el mundo, ha creado el mejor de los mundos posibles*.

Nuestro único propósito es hacer ver cómo, en virtud de este razonable principio, vino Sócrates á imprimir nuevo rumbo á las especulaciones filosóficas, haciendo posible la adquisición de la certeza en las mismas, circunstancia que, hasta entonces, no les había acompañado.

III.

Ninguno de los filósofos del periodo ante-socrático acertó á dar un verdadero caracter científico á sus especulaciones: sometidas estas á las exigencias de sistemas caprichosamente formados, producto casi en su totalidad de la imaginación y de la fantasía, sus soluciones no podían ser legitimadas: podrían tales fi-

(1) Plat. Tim. 36, e.

lósofos, como ya se dijo, llegar á la verdad; pero sin serles dado alegar una prueba convincente de ello, por más que se lisonjearan de conocerlo todo. Porque les sucedía lo que, según Aristóteles, acontece á los soldados no impuestos en el ejercicio, que se lanzan por doquier y descargan hermosos golpes, mas sin que la ciencia entre para nada en su proceder. (1)

Todo esto dimanaba de que desconociéndose el hombre á sí mismo, no podía dar una base conveniente y segura á sus investigaciones. Mas al emprender Sócrates su vigorosa lucha contra los errores é impotencia científica de las primeras escuelas filosóficas de la Grecia, y contra las pretenciosas y demoledoras predicaciones de los sofistas, al emprender, repito, tal lucha, enhiesta con mano firme, como única y legítima enseña, la célebre inscripción del frontispicio del templo de Apolo Delfico: γνῶθι σεαυτὸν (nosce te ipsum) crea el método psicológico, con el cual tiene origen la verdadera ciencia del hombre, que viene á ser la primera de todas las ciencias, base y guía indispensable para el bien conocer y para el bien obrar, sólido fundamento de la verdadera Metafísica y esplendente faro que pone de manifiesto la benéfica acción que la Providencia ejerce en el alma humana, de análogo modo que en el Universo. En otros términos, desde que Sócrates distingue en el hombre los dos elementos componentes ya indicados, y por razón del optimismo se inclina á estudiarse á sí propio, no en su cuerpo, parte grosera y deleznable de su naturaleza, sino en la parte más noble y elevada, en su alma, que es inteligente y libre, el más transcendental y favorable cambio tiene lugar en el campo de la Filosofía: al estado general de corrupción y desorden en las ideas y en los métodos, va á suceder, ó cuando menos, á ser posible, la marcha natural, y por tanto bien ordenada, de la inteligencia humana, así al concebir las unas, como al establecer los otros. Comprendiendo Sócrates, por un profundo y detallado examen reflexivo, hecho en sí mismo, la naturaleza y modo de obrar del agente de la ciencia, y fundado en el axiomático juicio de que para emplear bien una cosa es en extremo conveniente, y aun preciso, tener exacto conocimiento de ella, proclama como principio necesari-

(1) Metaph. I, 4, § 4.

rio de certeza, y como punto de partida indispensable en toda especulación filosófica, el estudio del hombre, y hace ver á este que le importa más conocerse que penetrar todos los secretos de la naturaleza, y que sólo conociéndose á sí mismo podrá aspirar legítimamente á cualquier otro conocimiento.

Así ocurre que, en virtud de la clara luz y de los eficaces medios que le proporciona el conocimiento de sí mismo, nuestro filósofo procede en sus diálogos, no á la ventura, sino observando una gran conformidad con lo que exigen las leyes naturales del ejercicio y desarrollo de la inteligencia: de lo particular y múltiple se eleva á lo general y uno, pudiendo atribuírsele con justo título, como dice Aristóteles, el descubrimiento de *la inducción* y de *la definición general*, principios que son el punto de partida de la ciencia (1) No es posible detenernos ni aun á indicar los rasgos característicos de la gran variedad de aspectos que presenta la inducción socrática, y sólo advertiremos que Jenofonte nos ofrece muy claros ejemplos de ella en sus Memorias.

También pertenece á Sócrates, aunque no en tal alto grado como los anteriores principios, el de la deducción, la cual, por más que esté todavía falta de precisión, puede decirse que reviste tres formas dominantes, descendiendo de lo general, ya á los casos particulares que comprende (2), ya á los elementos lógicos que envuelve, (3) ya en fin á las consecuencias metafísicas que supone. (4)

Hechas estas indicaciones sobre el organismo primitivo del método psicológico, cumple ahora determinar aquí, cómo el hombre puede llegar á conocerse á sí mismo, y las condiciones que necesariamente han de concurrir en este conocimiento. El mismo Sócrates, veremos cómo nos informa respecto á ello.

En el primer Alcibiades, diálogo de Platón, (5) después de haber hecho admitir á aquél que “el hombre no es su cuerpo,” le pregunta: “¿Qué cosa es, por tanto, hombre?,” y como le contesta: “No lo sé,” continuando su diálogo, de cuya forma prescin-

(1) Metaph. XIII, 4, § 4.

(2) Jen Mem. II, 2, 8-10.

(3) Jen. Mem. IV. 2, 6-8.

(4) Jen. Mem. I, 4, 4, y sig.

(5) 130 a. b. c. y 131 a.

do en gracia á la brevedad, le manifiesta Sócrates que no puede ignorar que hombre es aquello que se sirve del cuerpo mandándole, y que esto solo corresponde al alma, lo cual, á su parecer, nadie apreciará de otra manera, es decir, que no concederá el dominio á ningún otro de los tres términos que se distinguen en el hombre, que son el alma, el cuerpo, y el todo resultante de la unión de ambos; porque el cuerpo ya se ha visto que en vez de poder mandar es mandado, habiéndose concedido que es hombre lo que manda al cuerpo; y porque, no participando del mando uno de los dos componentes, no hay medio alguno de que el compuesto mande. Á lo que agrega Sócrates: "Puesto que ni el cuerpo, ni el término compuesto, es hombre, resulta á mi juicio, ó que nada es hombre, ó que, si alguna cosa lo es, ninguna otra lo será sino el alma." Y en conformidad con este juicio dice más adelante (1): "El que ordena, pues, conocerse á sí mismo manda conocer al alma," y (2) "si el alma ha de conocerse, debe mirar al alma con el alma."

Sin entrar á juzgar la clase de unión que establece entre el alma y el cuerpo, debemos advertir que, al presentar Platón á Sócrates afirmando que el alma es el hombre, no toma el alma independientemente, sino mandando al cuerpo, es decir, como está en su unión con él, estado en el cual el hecho de conciencia es el único y seguro medio de conocer el alma lo que es ella y las relaciones que le unen, tanto con el mundo exterior, como con Dios. Pues "es imposible al alma, dice Barthelemy de Saint Hilaire, (3) colocarse en presencia de sí misma, sin reconocer bien pronto esa evidencia suprema que acompaña á todo acto de conciencia y que de él se extiende sobre todas las nociones que el alma puede coger directamente en sí. Pues estas nociones no conciernen por completo al alma sola; se aplican también al mundo exterior, á los seres, á los fenómenos, que sin ella quedarían enteramente incomprensibles para la inteligencia, porque carecerían de ley. Es necesario, pues, que el alma se concentre

(1) 131 a.

(2) 133 b.

(3) Prefacio de la traducción del tratado del Alma, de Aristóteles, pag. LXIV.

en sí, no sólo para comprenderse, sino también para comprender todo lo que no es ella."

En cuanto al alcance que ha de tener el conocimiento de sí mismo, dice también Sócrates, dirigiéndose á Eutidemo (1): "¿Por ventura te parece que se conoce á sí mismo quien no sabe de sí, sino el nombre, ó crees que sólo conoce su *propio* valor el que con toda solicitud ha indagado cuánto él vale para el humano trato, á la manera que los compradores de caballos no juzgan tener hecho el reconocimiento que intentan, antes de haber examinado cuidadosamente si el animal es docil ó repropio, vigoroso ó debil, vivo ó pesado, en fin, antes de ver cómo se presentan en él las cualidades ventajosas ó desfavorables para el servicio que ha de prestar un caballo?,"

Y no se limita el insigne Maestro á demostrar que sólo estudiándose el alma á sí misma es como puede llegar el hombre á conocerse á sí propio, y que este estudio debe ser profundo y detallado; sino que expresa las circunstancias que han de concurrir, ó el estado en que convendrá que se halle el alma para que su trabajo sea más provechoso. "El alma, dice á Simias, (2) ¿piensa alguna vez mejor que cuando no está perturbada, ni por el oído, ni por la vista, ni por el dolor, ni por un placer, sino que, desprendiéndose del cuerpo, se reconcentra principalmente en sí misma, y dejando, en cuanto es posible, de comunicarse y tener contacto con él, sólo trata de comprender la verdad?,"

Es indudable que cuanto más libre se halle el alma de influencias extrañas, mejor llegará á comprender la verdad, y por tanto á conocerse á sí misma. Cualquiera puede adquirir completa evidencia del sólido fundamento de la afirmación que se desprende de la pregunta de Sócrates, observando lo que pasa en sus propios actos intelectuales. Por el contrario, el dominio de las pasiones y de los vicios mata la libertad y la luz del alma. Bien comprendía esto Sócrates, quien nunca separó el conocimiento de la práctica del bien; quien (3) "juzgaba como fin sumo del hombre conocer la virtud," para practicarla, y quien siempre

(1) Jen. Mem. IV, 2, 25.

(2) Fedón 65, c.

(3) Arist. Mor. Eudemiorum I, 5, 15.

tuvo el mayor interés en que sus enseñanzas librasen al alma de todo lo que pudiera impurificarla y envilecerla.

Una confirmación bien explícita de la opinión de Sócrates en este punto nos la da el tan admirable por su sabiduría, como por su santidad Obispo de Hippona. "Sócrates, dice, no quería que las almas, obscurecidas por las pasiones impuras de la tierra, intentasen elevarse desde luego al conocimiento de las cosas divinas, de esas causas primeras que á su modo de ver, no son inteligibles nada mas que para los hombres cuyo corazón es puro. He aquí por qué este filósofo juzgaba que se debe trabajar ante todo en purificar la vida, para volver al espíritu, una vez libre de las pasiones que le tienen encorvado hacia la tierra, ese vigor natural, esa pureza, por la cual le es dado elevarse hasta las verdades eternas, hasta la contemplación de esa luz inmutable en que las causas de todas las naturalezas creadas gozan de una existencia, dotada de estabilidad y vida., (1)

Tal, pues, es el modo como Sócrates llegó á conocerse á sí mismo, y á dar origen á la ciencia del hombre, esplendente luz y verdadera y firme base de cuantas clases de conocimientos pueden ser objeto de nuestros estudios, según ya notamos. Porque, en efecto, si se prescinde de la Psicología, la Lógica quedará privada de la luz necesaria para formular y dirigir bien sus reglas; la Metafísica no podrá dar un paso seguro en el nebuloso campo de la abstracción, donde ha de desenvolverse; la Moral no hallará razón de existencia; las ciencias físicas y naturales no tendrán otra fuente de vida y de desarrollo que el más ciego é inconstante empirismo; y, en general, la noción del ser quedará desvanecida, porque sólo en el fondo de su conciencia puede encontrar el hombre la razón de la realidad del ser, que le revela el pensamiento.

Nada sería, por tanto, más contrario á la realidad que el conceptuar insuficiente é incapaz para responder á todas las aspiraciones y necesidades del espíritu humano, ese método psicológico proclamado por Sócrates. Nó en manera alguna, no nos cansaremos de repetirlo, no hay ramo del saber para el cual no sirva de sólido principio y certera guía; su aplicación dentro de lo

(1) S Agustín, La Ciudad de Dios VIII, 3.

puramente humano no tiene más límites que los que le señale la impotencia y la debilidad de nuestra naturaleza. En este sentido podríamos decir con M. Coussin: (1) "Ó es necesario perder la esperanza en la ciencia, ó la naturaleza humana es capaz de alcanzarla. La observación, es decir, la naturaleza humana aceptada como único instrumento de investigación, bien empleada, basta, ó nada es suficiente; porque nosotros no tenemos otra cosa, y nuestros antepasados no han tenido nada más.,

En vista, pues, de que la naturaleza nuestra da medios eficaces y seguros para el provechoso cultivo de todas las ciencias naturales ó humanas, extraña en alto grado la creencia de que Sócrates, inventor de tan admirable y fecundo método, sólo lo empleara en el estudio de la moral humana, juzgando reducidos á los psicológicos los estudios metafísicos, y que desaprobara el cultivo de las demás ciencias, por creerlo de ningún valor en unos casos, y en otros inasequible á la inteligencia de los hombres.

Aunque no con la extensión con que pudiera hacerse, por exigencias de este trabajo, veamos el juicio que puede formarse de semejantes opiniones.

No es cierto que Sócrates quisiera reducir á la Psicología el estudio de la Metafísica, del cual la primera sólo es parte integrante en su aspecto racional, al paso que en el experimental ya hemos indicado que es verdadero y eficaz punto de partida de toda clase de estudios, y en especial de los metafísicos. Por esto M. Coussin, después de llamar tan acertadamente *filosofía humana* á la creada por Sócrates, dice: "esto no quiere dar á entender que ella no tenga otro objeto que el hombre, sino que, lejos de eso, tiende, como siempre debe hacerlo, al conocimiento del sistema universal de las cosas, pero tiende á ello partiendo de un punto fijo, el conocimiento del hombre., (2) "En tanto que antes de Sócrates los Pitagóricos ponían toda filosofía en los números, y los Jónios en los fenómenos físicos, Sócrates demostró el primero, que si el hombre puede conocer alguna cosa, los números ó los diversos fenómenos materiales, es en virtud de su

(1) Frag. philosoph., pref. de la 1.^{ere} ed.

(2) V. Coussin. Histoire grale. de la Philos, 7.^o ed. pag. 121 y 122.

propia naturaleza; que así esta naturaleza es lo que conviene conocer ante todo: en resumen, para usar un lenguaje moderno, á las Matemáticas y á la Cosmología, Sócrates substituyó ó añadió la Psicología, como fundamento de toda sana Metafísica. (1)

La teoría de las causas finales, por la que Sócrates, restituyendo á la razón su debido papel en la ciencia, prueba la existencia de Dios en la conversación con Eutidemo, transmitida por Jenofonte, ¿no es una de la más patentes pruebas de que no reducía aquél los conocimientos metafísicos á la Psicología? (2) ¿Y no son una confirmación de lo mismo las teorías que igualmente profesaba, respecto á la Providencia, al bien y al amor, con algunas otras menos determinadas, de todas las cuales nos informa el mismo Jenofonte, así como Platón y otros?

Tampoco puede sostenerse que, al prescribir Sócrates, como acto primordial é imprescindible el conocimiento de sí mismo, intentara impedir al hombre elevar á mayor altura su pensamiento, pues, por el contrario, según Clemente de Alejandría, (3) “era, á lo que parece, la más grande de todas sus enseñanzas (las de Sócrates) el conocerse á sí mismo, por cuanto, si uno se conociere, llegará á conocer á Dios.” Es decir, por cuanto estaba persuadido de que el conocimiento de su propia naturaleza conduce al hombre al conocimiento de Dios. Sócrates, que se esforzaba en primer término por hacer á sus discípulos de sanas ideas en cuanto á los Dioses (4); que “el rendir veneración á los mismos lo juzgaba como el primer deber natural para todos los hombres,” (5); que se sintió arrebatado de entusiasmo al descubrir en la concepción de Anaxágoras la idea de la verdadera Divinidad; Sócrates, en fin, para quien la noción de esa Inteligencia Suprema, Previsora y Providente, constituye el objeto supremo de la Moral, y el término de la actividad humana, ¿cómo puede, ni aun pensarse, que tratase de contener al hombre en el estudio de su naturaleza, para impedirle elevarse, cuanto es dado á sus fuerzas, hasta la comprensión y contemplación

(1) Coussin. Hist. grale. de la Philos. 7.º ed. paj. 121. y 122

(2) Jen. Mem. I. 4.

(3) Pedagogue, liv. III, chap I. ed. Potter, pag. 250.

(4) Jen. Mem. IV, 3, 2.

(5) A. y O. C. IV, 4, 19.

de ese Bien Supremo, esa Eterna y Explendente Luz, que tan apetecible y admirable le presenta?

No es menos infundado el que Sócrates desaprobaba el estudio de las ciencias matemáticas y físicas ó naturales, por no creer en su existencia, ó en la importancia ó utilidad de las mismas.

La razón de ello está primeramente en que el esfuerzo constante y la natural tendencia de la Filosofía socrática es hacer entender al hombre que no ha de contentarse con vagas opiniones ó vanas hipótesis, sino que debe aspirar á la ciencia verdadera, en la que hallará cuanto para el mejor cumplimiento de sus fines todos en la vida le fuese necesario. Así Jenofonte, dando fundamento á esta consideración nos dice: (1) “se cuidaba, (Sócrates) más que cuantos yo he conocido, de saber aquello en que estuviese impuesto cada uno de sus discípulos, y, de los conocimientos correspondientes á un varón perfecto, les enseñaba por su parte, con la mejor voluntad, cuanto sabía, y para alguna cosa en que se hallara él menos enterado, los llevaba cerca de maestros competentes.” Mas, por si acaso se dudara de que el conocimiento de las ciencias antes citadas estuviera comprendido entre los que corresponden á un hombre perfecto, añade á continuación el mismo discípulo de Sócrates: (2) “Les enseñaba también hasta dónde debe hallarse impuesto en cada ciencia un hombre bien educado; así, por ejemplo, manifestaba que era un deber aprender la Geometría hasta llegar á hacerse capaz (si fuese necesario) de medir exactamente una tierra, ya para comprarla ó venderla, ya para repartirla ó labrarla.” De análogo modo se expresaba respecto á la Astronomía, á la Ciencia de los números, y á otros conocimientos propios del naturalista y del médico. No desconocía, pués, la existencia de las ciencias referidas, ni desaprobaba su cultivo por no reconocerles importancia ni utilidad.

Es cierto que Sócrates opinaba no deber llevarse el estudio de la Geometría hasta los problemas más difíciles, y que, en cuanto á la Astronomía, trataba con empeño de apartar á sus

(1) Mem. IV, 7, 1.

(2) Jen. O. C. IV, 7, 2, 3 y sig.

discípulos de las investigaciones que conciernen á los astros colocados fuera del movimiento de rotación de nuestro cielo, astros errantes y de marcha incierta, á las distancias de estos respecto á la tierra, á sus revoluciones, y á las causas de su formación. Mas, aunque afirmaba no ver en qué pudieran ser útiles estas cosas, dado que añadía "ser suficientes para consumir la vida de un hombre y apartarle de otros estudios numerosos y de innegable utilidad," como, por confesión explícita de un discípulo que tan conocido lo tenía, sabemos que él no era ignorante en estas altas especulaciones geométricas y astronómicas, (1) cuya utilidad había, por lo menos de vislumbrarse por personas de regular y competente cultura, creemos no será desacertado el atribuir la desaprobación de Sócrates, más que á ninguna otra causa, al temor de que, engolfado el humano espíritu en ese ilimitado é insondable mar que constituye el dominio de las ciencias en cuestión, se olvidara de lo que realmente es, y de la constante atención que nuestro filósofo juzga debe prestarse al cumplimiento de los fines morales prácticos de la vida, para que esta marche siempre por el recto camino que el deber le vaya señalando. Porque no es de extrañar, ni acusa de falta de sinceridad á Sócrates, el que, sin desconocer la utilidad, apelara á la razón de la misma en los términos indicados, para señalar á sus discípulos los límites dentro de los cuales habían de contenerse al cultivar las ciencias. Los resultados positivos de los altos estudios de estas eran aún de muy reducido alcance, y unida esta consideración al criterio á que siempre se atenían los juicios de Sócrates para apreciar la ciencia, resultaba en extremo preferible, ó mejor dicho obligado, el consejo que les daba. Pues precisa no olvidar que jamás creyó el fundador del método psicológico justificada la existencia de una ciencia meramente especulativa, y por tanto, vana, hueca, sin existencia ni realidad. El conocimiento, para él, es inseparable de la práctica del bien, porque "juzgaba que es fin del hombre conocer la virtud," para practicarla. (2)

No hay que dudarle, Sócrates temía en extremo que, entrega-

(1) Jen. O. C. IV, 7, 3 y 5.

(2) Arist. Mor. á Eudemo, I, 5, 15.

do el hombre á esas altas especulaciones, se deje absorber por las mismas hasta el punto de imaginarse que es dueño de la verdad, y no necesita buscar un seguro punto de apoyo que le permita elevarse hasta la Sabiduría Suprema, y hasta el Principio Eterno de las cosas.

Por lo demás, ya nos ha indicado Jenofonte que no desconocía esa parte elevada de las ciencias; mas, si queremos ver una clara confirmación de ello, y de que no desaprobaba tal estudio, y lo presentaba con ese fin práctico y conducente al bien, que para Sócrates había de acompañar á toda ciencia, veamos cómo nos lo muestra Platón, intérprete no menos autorizado que Jenofonte: "El hombre, dice Sócrates, debe cultivar ante todo los conocimientos capaces de imprimir al alma un movimiento que, del día tenebroso que le rodea, la eleve hasta la verdadera luz del Ser, capaces de llevarla á la pura inteligencia y de traerla á la contemplación de lo que es... Aquél que se aplique á la ciencia del cálculo debe estudiarlo, no superficialmente, sino para elevarse por medio de la pura inteligencia á la contemplación de la esencia de los números, y facilitar al alma los medios de elevarse, del orden de las cosas que pasan, hacia la verdad y el ser... La más alta parte de la Geometría tiende á hacer más fácil al espíritu la contemplación de la idea del bien: como ella tiene por objeto el conocimiento de lo que siempre es, atrae al alma hacia la verdad, y forma con ella ese espíritu filosófico que eleva nuestras miradas hacia las cosas de lo alto, en lugar de bajarlas, como suele hacerse, sobre las cosas de aquí abajo." (1) Y á continuación, tratando de la Astronomía, para determinar dónde se halla en este estudio la verdadera elevación del pensamiento, después de otras consideraciones, dice: "Ciertamente, los ornamentos que decoran la bóveda de los cielos, deben ser considerados como lo que hay en su orden más bello y más acabado; sin embargo, como toda esta magnificencia pertenece al orden de las cosas visibles, yo entiendo que es necesario considerarla como muy inferior á esa magnificencia verdadera que es principalmente la verdadera celeridad y la verdadera lentitud en sus movimientos respectivos, y en los de los grandes cuerpos á los

(1) Plat. Rep. VII.

cuales ellos están aplicados, según el verdadero número y todas las verdaderas figuras. Pues estas cosas escapan á la vista y no pueden ser cogidas sino por el entendimiento y el pensamiento. Yo quiero, pues, que la belleza de que el cielo está decorado sea el símbolo de esa otra belleza.” (1)

Creemos, pues, haber demostrado, aunque no de un modo tan completo como pudiera hacerse, que Sócrates no juzgaba reducido el estudio de la Metafísica á la Psicología; que prestaba, sí, preferente atención á todo cuanto á la Divinidad y al cumplimiento de los fines legítimos de la vida se refiera, pero no desatendía, ni desaprobaba el estudio de las demás ciencias, aún en el más alto grado que á la sazón podía alcanzar; sino que procuraba su mayor elevación y engrandecimiento, mostrándoles el noble y conveniente fin á que todos deben dirigirse. Y visto esto, por más que se reduzca nuestra demostración á los estrechos límites exigidos por este trabajo, resulta innecesario el probar que no se concretó al estudio de la Moral humana.

No es posible desconocer que la restauradora obra de la Filosofía no halló cumplido término, sino con las enseñanzas de Platón y de Aristóteles; pero la razón de ello debe buscarse, más bien que en la falta de aptitudes ó de voluntad en el iniciador de tan vasta y profunda renovación del pensamiento, en que el conocido principio *naturâ nihil fit per saltum* rige, de igual modo que en todo desarrollo físico, en el intelectual ó de la ciencia; y la empresa acometida por Sócrates era de índole y magnitud tales que no bastaban la vida y el esfuerzo de un solo hombre para realizarla, por más que este fuese un genio, de espíritu incansable y de habilidad suma, cual el hijo de Fenareta.

Mas, aunque ya por la magnitud de la empresa, ya por la preferencia que creyera deber dar á uno de los ramos del saber, ya sólo por la falta de tiempo, aumentada con su injusta condena, no realizara por sí mismo tan grande y transcendental revolución filosófica, el honor de la misma le pertenece del todo; pues, aparte de lo mucho que hizo para destruir á los sofistas, librando así á los espíritus de la mortífera influencia del escepticismo, y de la irresistible tendencia á la negación absoluta, y apar-

(1) Plat. L. C,

te de que completó el objeto de la Filosofía, concibiendo la verdadera idea de la Divinidad y creando la ciencia del hombre, dió con esta á la par un fundamento inquebrantable, los medios convenientes y la luz necesaria para que todos los conocimientos humanos puedan desarrollarse con paso regular y seguro, y con el caracter de certeza, que es indispensable á la verdadera ciencia. No es, pues, otro el valor del método psicológico inventado é inaugurado por Sócrates; y se comprenderá muy bien que quien poseía y conocía tan á fondo este poderoso elemento de investigación y desarrollo de la Filosofía, no necesitaba sino tiempo para llevar á cabo la restauración completa, que tan necesaria era.

* * *

Veamos ahora los procedimientos con que acompañaba este incomparable maestro el empleo del citado método en la enseñanza, ó sea su *técnica didáctica*.

Aunque la opinión haya encontrado poco crédito, no ha faltado quien califique á Sócrates de escéptico, fundándose en la manifestación que con frecuencia hiciera de que *él solo sabía que no sabía nada*. Esta errónea calificación proviene de no conocer, ó haber olvidado, el sentido que Sócrates da á la confesión de su propia ignorancia; pues sólo quiere expresar lo poco que vale la sabiduría humana, como lo manifiesta en la Apología, al explicar la razón de que la Pitonisa le haya declarado el más sabio de los hombres. (1) Y tal confesión del ningún valor de su saber, no es para Sócrates una petulante frase de fingida modestia, sino el punto de partida en su procedimiento didáctico, y el término á que procuraba llevar á los que se le acercaban imbuidos de (2) “esa grande y terrible especie de ignorancia, capaz de igualar por sí sola á todas las otras: esto es, imaginarse que se sabe lo que no se sabe; porque de aquí acaso provienen todos los errores en que cae nuestro espíritu.” Sócrates, que además repetía sin cesar que (3) “no conocerse á sí mismo, y creer que se sabe lo que se ignora, es tocar muy de cerca á la

(1) Plat. Apol., 23, a.

(2) Plat. Sof., 229, b. c.

(3) Jenof. III, 9, 6.

demencia,, se esforzaba por hacerles renunciar á esa vana y soberbia sabiduría y por demostrarles que no sabían aquello que con tanta seguridad juzgaban conocer. Y como no es, ciertamente, posible que el hombre, falto de conciencia de su error, y que no se da cuenta de sus conocimientos, haga progreso alguno en la investigación de la verdad, Sócrates abrigaba una firme convicción de que debía proceder con todo el que se encontraba en semejantes circunstancias, como hacen los médicos en las enfermedades análogas del cuerpo: “estos tienen por principio que no conviene dar al cuerpo alimentos nuevos antes de haber expulsado lo que embaraza sus funciones,, y él á su vez opinaba que “el alma no puede sacar provecho de los conocimientos que se le presentaren, antes que su enfermedad se haya tratado por la refutación, antes de conseguir que el alma se avergüence de sí misma, antes de que se la haya, en cierta manera, purgado, librándola de las opiniones que sirven de obstáculo á la ciencia, y antes de que se le haya enseñado á reconocer que no sabe sino lo que sabe, y nada más.,” (1)

Y siempre que se proponía corregir á alguno, era de admirar el tacto, habilidad y acierto con que se conducía. Aparentando ser un hombre que no aspiraba sino á instruirse y á desvanecer sus dudas, para lo cual solía pedir aclaración sobre aclaración, y desentendiéndose de las injurias ó de la cólera de sus adversarios, les dirigía una serie de preguntas á las cuales era fácil contestar, ó que á lo menos, no parecían capciosas; pero que al fin venían á ser otros tantos lazos secretos que de pronto los dejaban parados, los perturbaban y los reducían á no poder ya contestar.

Un hermoso y bien cumplido ejemplo de este celo por corregir los defectos de la juventud, y de esta especial manera de discutir, llamada *ironía socrática*, nos ofrece la conversación de Sócrates con Eutidemo, joven que, por haber formado una numerosa colección de las obras de los más célebres poetas y sofistas, creía aventajar ya en sabiduría á los de su edad, y esperaba llegar á superar á todos en la elocuencia, no menos que por la eficacia de sus actos. Enterado de que, por falta de edad, Eu-

(1) Plat. Sof. 230, c. d.

tidemo no tenía entrada en la plaza pública, fué á buscarle Sócrates, con algunos de sus discípulos, á un taller de frenero, adonde aquél concurría; y al principio se concretó á conversar con los que llevaba consigo, dirigiendo alusiones más ó menos veladas y excitantes al presumido joven, que revelaba como tener á menos el prestar atención á lo que se decía. Mas cuando ya comprendió que había de escucharle, se presentó solo, y fué de ver la manera sencilla, á la vez que estudiada, como le iba preguntando sobre todas las cosas que Eutidemo creía tener tan perfectamente conocidas, cómo le obligaba á reconocer las opiniones en que se hallaba equivocado; y cómo relacionando las unas con las otras se las presentaba en mútua contradicción, sobre los mismos asuntos, consideradas en las mismas relaciones, y desde los mismos puntos de vista. De esta manera le hizo ir reconociendo su ignorancia, hasta que la confesó abiertamente, y “se retiró muy desalentado, despreciándose á sí mismo, y juzgando ser en realidad un esclavo,,” (1)

En el Protágoras se ve á Sócrates exaltar hasta lo sumo la sabiduría y las dotes intelectuales de su adversario, á la vez que reduce á los más cortos límites su propio saber, valiéndole esto para obligar á Protágoras á explicarse en los temas que se discuten, á la vez que él se reserva la opinión que le merecen, y traerlo de contradicción en contradicción á reconocer la nulidad ó la vana ostentación de su saber.

Pudiera hacerse una enumeración de diálogos que presentarían la ironía socrática en toda su variedad de matices, según lo requerían los diversos asuntos y los diferentes caracteres de las personas con quienes había de conversar Sócrates. Mas basta con lo expuesto para adquirir, en cuanto nos es necesario, una idea de la manera como este curaba los espíritus, y los preparaba convenientemente para la adquisición de los verdaderos y sólidos conocimientos, adquisición á la que contribuía por el segundo procedimiento de su técnica didáctica denominado *μαιευτική* = *maieutica*, ó *arte de partear los espíritus*.

En el Teetetes expone Platón de un modo muy claro y cumplido este procedimiento: “El oficio que yo ejerzo, dice Sócrates,

(1) Jen. Mem., IV, 2.

es enteramente el mismo que el de las comadres, á excepción de que yo ayudo al alumbramiento de los hombres y no al de las mujeres, y cuido, no los cuerpos, sino las almas en el indicado mal. Pero lo que hay más admirable en mi arte es que se puede discernir si el alma de un joven va á producir un ser quimérico ó un fruto verdadero. Tengo, por otro lado, de común con las comadres que por mí mismo no doy á luz nada respecto á sabiduría; y por lo que toca á la falta que muchos me imputan, de que siempre estoy dispuesto á interrogar á los otros, y por mi parte nunca respondo á nada, porque jamás tengo nada bueno que responder, este reproche no carece de fundamento. La razón está en que el Dios me impone el deber de ayudar á producir, y me impide el producir por mí mismo cosa alguna. En su consecuencia, yo en nada absolutamente soy un sábio, ni tengo por tanto invención alguna propia de tal, y que sea una producción de mi alma; al paso que los que á mí se llegan, ignorantes en extremo muchos de ellos al principio, con la frecuencia del trato hacen, si el Dios les asiste, progresos maravillosos, como á ellos y á los demás es manifiesto: y es evidente, que jamás han aprendido nada de mí, sino que encuentran por sí mismos, y en sí mismos, muchas y admirables cosas de que se poseen. El Dios y yo sólo desempeñamos cerca de ellos el servicio de comadre., (1)

Fácilmente se comprenderá que el nombre dado á este segundo procedimiento de la técnica didáctica, empleado por Sócrates, y la descripción que del mismo se hace en el anterior pasaje, se adaptan á la opinión de que los gérmenes del conocimiento se hallan en estado latente en el alma humana; ó sea á la teoría de *las ideas innatas*. Empero, aun rechazada tal opinión, tampoco resulta inconveniente, y puede conservarse el empleo de este lenguaje figurado, para expresar el modo, en extremo hábil, de que se valía tan sábio maestro, á fin de lograr que sus discípulos concibieran, como por sí solos, las ideas que deseaba inculcarles: el proceso y el resultado son los mismos, por mas que se les atribuya un valor tan distinto: *partear* y *dar á luz*, en el primer caso; *fecundar* y *concebir*, en el segundo. Mas en

(1) Plat. Teet. 50.

todo supuesto lo que había de real y positivo, es que con una sagacidad y perseverancia incomparables, y á favor de los innumerables recursos, que le ofrecía un diálogo lo más natural que puede imaginarse, como dirigido por un genio de la interrogación, cual lo era Sócrates, iba llevando á sus preguntados constantemente y de un modo inadvertido por ellos, de lo más á lo menos conocido, y los ponía en el camino de la verdad, es decir, en las condiciones en que, excitada la actividad cognoscitiva de su espíritu. sin más impulso extraño, hubiesen de llegar á conocer aquella. Pues es de advertir que, como dice nuestro inmortal Balmes al tratar del origen de las ideas, “no debemos juzgar al espíritu como un lienzo en el cual, desde su origen, hayan sido pintados los objetos, sino como cierta fuerza eficiente, que dadas las condiciones oportunas. produce sus fenómenos, á la manera que la tierra, fecundada por las lluvias y el sol, entra en vigor, y nos da las plantas y los frutos., (1)

La maiéutica de Sócrates viene á ser una natural consecuencia de su ironía, y su gran influencia, sus ventajosos resultados en la enseñanza, provienen sin duda de que, como dice Pascal, “se persuade uno mejor mediante las razones que por sí mismo ha encontrado, que por aquellas que otros hacen llegar á nuestro espíritu., (2); y en efecto, la sola consideración de juzgarse autor del descubrimiento de una verdad aumenta la satisfacción é íntimo goce, anejos siempre á la posesión de ésta, y por tanto, la adhesión á la misma y el interés por defenderla; porque dicha verdad viene, en cierto modo, á constituir parte de la personalidad del inventor, siendo su recuerdo inextinguible, aunque sólo sea por el esfuerzo de atención que ha sido necesario realizar para concebirla.

Por el contrario, la verdad que nos viene de otro, y ha sido comunicada de una manera directa, esto es, sin cuidarse de que nosotros vengamos á encontrarla, por más que no se presente en forma puramente dogmática, sino que la acompañen las razones necesarias para justificarla, nunca se granjeará tanta adhesión é interés, ni tan constante recuerdo, como en el anterior

(1) Balmes. Metaph. Ideol. pura, cap. III.

(2) Pascal. Pensées, ed. de M. Havet, p. 106.

caso, y en vez de juzgarla propia el nuevo poseedor, á lo menos tardará mucho en dejar de considerarla como prestada, si no lo hace siempre.

No cabe, en fin, duda alguna de que, así como en las controversias, la técnica didáctica de Sócrates puede reportar muchas ventajas en la enseñanza.

IV.

Al ver el celo y buen deseo con que ha sido acometida la urgente y árdua empresa de reorganizar los planes de enseñanza y atender, como se debe, á cuanto puedan necesitar las instituciones docentes, para que respondan con su acción á los altos fines sociales que deben cumplir, nada más natural y obligado para tales instituciones que el desplegar, por su parte, la mayor actividad en el cumplimiento de su elevada misión, y procurar el perfeccionamiento, en cuanto les sea dado, de los medios que emplean para realizarla, y que son de la exclusiva competencia de las mismas. No puede ser otra la manera de sentir de cuantos al Profesorado pertenezcan, y en esta persuasión, deseoso de dar á conocer que abundo en las mismas nobles ideas que mis dignos compañeros en la enseñanza, me he preguntado: ¿puede hallarse en el método y procedimientos didácticos de Sócrates algo que sirva para perfeccionar lo existente en el modo general de darse la enseñanza en nuestras aulas, para corregir algunos vicios que, aun cuando sostenidos de un modo inconsciente, puedan encontrarse, y para precaver riesgos de fatales consecuencias?

Bien comprendemos que el carácter natural, orgánico, de la enseñanza socrática no se aviene con el rígido formalismo de la educación oficial, que tasa y mide rigurosamente la materia, el modo, el lugar y hasta el tiempo destinados á iniciar en un orden cualquiera de conocimientos á una porción de alumnos de condiciones y aptitudes diversas. Esto último pudiera ser considerado como el mayor de los inconvenientes; pues no sin razón se ha dicho que un maestro no puede formar bien sino un

solo discípulo. Pero dejando á un lado utopias, y ateniéndonos á la realidad presente, puesto que es nuestro objeto proponer una solución al indicado problema, podemos enunciarlo definitivamente del siguiente modo: dados los inconvenientes y los defectos de la actual reglamentación pedagógica, y teniendo en cuenta que las circunstancias nos fuerzan á no prescindir (en absoluto) de ella, y reconociendo, por el contrario las excelencias de la enseñanza socrática: ¿cómo podrían adaptarse, lo más posible, los procedimientos de la última á los moldes de la primera? Materia es esta que exigiría larga discusión, y sobre la cual no pretendemos, ni con mucho, decir la última palabra; y como, por otra parte, no es éste el único asunto de nuestro trabajo, sino una especie de corolario de él, para no extendernos demasiado, abusando de la paciencia de este ilustrado auditorio, nos limitaremos á expresar en breves palabras nuestra sincera opinión sobre los puntos más importantes.

En primer término, hemos de manifestar que, á nuestro juicio, el método psicológico debe ser el punto de partida y constante cooperador de cualquier otro procedimiento que haya de adoptarse para el caso concreto que en la ciencia se persiga, ya relativo á invención ó investigación, ya de disciplina ó de la instrucción adquirida por uno mismo, ya demostrativo, ya, en fin, de enseñanza. Siendo el alma el sujeto de la ciencia y la que ha de observar, por tanto, el método particular adoptado, pretender que proceda sin conocerse á sí misma, sin adquirir de antemano la debida noción de sus facultades, y sobre todo, sin estar advertida de que puede y debe residenciar sus propios actos, será obrar, sin necesidad, de una manera rutinaria é inconsciente, exponiéndose á que todo el saber humano pueda volver al estado de incertidumbre en que se encontraba la Filosofía griega antes de Sócrates.

Pasando á tratar los principales puntos de aplicación de la enseñanza socrática, examinaremos primero lo referente á las condiciones del número de discípulos, lugar y tiempo, por ser los de más difícil traducción á la actualidad; y dejaremos para el final las aplicaciones de la técnica didáctica.

Han creído muchos que el sistema socrático no es aplicable á

las circunstancias presentes, por no poder desenvolverse, sino dentro de un número limitado de alumnos (condición que se encuentra en pugna con la generalidad de nuestras clases que son numerosísimas); por exigir dicho sistema la extensión de la enseñanza fuera del local de la Universidad ó del Instituto, de modo que maestros y discípulos se conozcan y trabajen en cualquier parte donde puedan encontrar condiciones oportunas; y por reclamar, como consecuencia de todo, un tiempo mayor que el señalado por los reglamentos actuales.

Es cierto que Sócrates realizó su obra educativa sobre un número muy reducido de discípulos; mas á esto podemos contestar que, en primer lugar, no todas nuestras clases universitarias cuentan con un contingente tan excesivo de alumnos, sino que hay muchas en las que son tan escasos que ni aun igualan el número de los discípulos de Sócrates: en éstas no hay tal obstáculo. Y en cuanto á las más concurridas, creémos firmemente que, aun realizando el trabajo por el método socrático, sólo con ciertos alumnos, los más despiertos de la clase, los otros habrían de aprovechar más por este procedimiento, que por ningún otro meramente expositivo.

También es de notar que el magisterio de Sócrates no se encerraba en los estrechos límites de los muros de un edificio. No *ponía cátedra*, cosa que él desdeñaba, juzgándola más propia de los sofistas, sino que su enseñanza tenía un carácter familiar, semejante á la educación que puede imprimir un padre en sus hijos, y derramaba las luces de su inteligencia en cualquiera ocasión que fuese oportuna: la última lección la dió sentado en el lecho de su calabozo, en espera de la muerte, mostrando á sus discípulos, á un mismo tiempo, la grandeza del sábio y la serenidad del justo; enseñando con el ejemplo, que es la mejor de las enseñanzas.

En cuanto al tiempo, no tenemos que esforzarnos para hacer notar la diferencia. Sócrates empleaba ocho años de una labor constante y asidua en enseñar á Platón la filosofía, para hacer de él un hombre perfecto; nosotros, hasta ahora, hemos tenido que contentarnos con hacer un Licenciado, enseñándole toda *la ciencia de las últimas razones de las cosas*, en un solo

y mermaísimos curso, durante el cual había que atender á otra multitud de alumnos, y cada uno de ellos á otra porción de asignaturas. Pero, ¿es posible, se nos dirá, hacer otra cosa dentro de la vida de las sociedades modernas? ¿No es un sueño querer reproducir esa enseñanza paternal, tan en pugna con las relaciones superficiales que suelen mediar hoy entre maestros y discípulos? Sí, es un sueño, queriendo hacerlo todo; no lo es, ateniéndose á una medida prudente.

Es verdad que la educación socrática sólo era posible viviendo maestro y discípulos casi constantemente unidos, aunque no fuese hasta el punto de hacer vida común, como los de la Escuela Pitagórica; y no es posible soñar con semejante régimen para la moderna Universidad española. Pero sí puede el Catedrático, siquiera sea excediéndose algún tanto en el ejercicio de sus funciones, (cosa que nadie ha de reprender) ensanchar el estrecho círculo de la enseñanza puramente oficial; ó si esto no es posible, ó no es necesario en algún caso, cuando menos, procurar que la obra reglamentaria sea lo más holgada y perfecta que se pueda; y así se conseguiría el que no sean las Universidades y los Institutos lo que decía no ha mucho un malogrado Profesor de Valladolid: unas oficinas del Estado en las que lo mas importante es la Secretaría.

Pudiera el Catedrático ampliar su esfera de acción en uno y en otro sentido, en el del lugar y en el del tiempo, que mutuamente se integran. Lo realizaría procurando establecer y sostener con sus discípulos relaciones más estrechas que las engendradas por la breve estancia en las aulas, proporcionando con este trabajo extraordinario complemento y ampliación al oficial que lo necesite. Respecto al detalle del modo de realizar esta ampliación, atendiendo á que por necesidad había de ser muy varia, según las diferentes ciencias, sólo diremos, para no extendernos demasiado, que podría afectar la forma de clases suplementarias, de excursiones científicas, de ejercicios prácticos, etc.; de todo lo cual nos dan ya ejemplo algunos profesores españoles: y bajo todas estas fases se podría traducir dentro de la moderna pedagogía algo de la fecunda obra de Sócrates.

Esta labor meritísima ha de tropezar todavía, en la mayor par-

te de los casos, con dificultades prácticas de consideración; así lo comprendemos, y por lo mismo, al señalar esos caminos, no queremos, ni aconsejamos, ni esperamos, que nuestra pedagogía entre por ellos de repente, como por arte de encantamiento, sino que los vea, los desee, y procure encaminar sus pasos, primero á ellos, y después por ellos.

Pero lo que, ni ahora, ni nunca, puede encontrar dificultades, lo menos que se puede exigir al Catedrático, es el cumplimiento de su deber oficial, realizándolo de la manera más amplia y fecunda posible, mediante el empleo del método socrático, y en virtud del elevado concepto de sus obligaciones que debe inspirar á todo hombre de ciencia y de conciencia. Entendida de este modo, la clase podrá ser el núcleo, el centro al cual converjan todos los trabajos complementarios, cuando los haya; y cuando, por la fuerza de las circunstancias, no pueda el Catedrático hacer otra cosa que cumplir con lo reglamentario, le quedará cuando menos la satisfacción íntima de haber llenado su misión (en lo posible) con toda la alteza de miras que corresponde á la sagrada función educativa que le confió la sociedad.

La realización de todo este pensamiento exigiría en algún caso, como anteriormente indicamos, una extralimitación de las funciones oficiales del Catedrático; pero no dudamos de que sería realizada por todos gustosamente, puesto que nada ennoblece más al que ejerce una profesión cualquiera, que el deseo de excederse en su trabajo. Y en ninguna esfera es más natural y más honroso este deseo, que en la de las profesiones liberales: el verdadero hombre de ciencia que se inspira en los elevados sentimientos de su deber y de amor á la humanidad, que nunca faltan á una inteligencia piadosa y cultivada, derrocha generosamente sus fuerzas y no se atiende al estricto cumplimiento de su misión, ni mucho menos procura abreviarla ó rehuirla, como el esclavo que sólo trabaja bajo la amenaza del látigo, con la inspección del capataz, y por miedo á la ergástula, ó en este caso, á la formación de expediente.

Y no queremos, ni aun siquiera pensar en los terribles males que sobrevendrían á la enseñanza, si llegara á infiltrarse en ella esta pobre y desdichadísima idea del deber profesional. En tesis

general puede afirmarse, que cuando no se tiene una idea clara del valor de la obligación, y además se carece de la vocación necesaria, el deber de esa manera cumplido, á disgusto, ó se cumple mal, ó si es posible esquivarlo, no se cumple: los más escrupulosos de estos lisiados morales se limitan á cubrir las formas sin preocuparse de si el fin que les está encomendado queda ó no queda realizado á conciencia; porque la conciencia para ellos no existe. Estos pecados traen, como todos, en sí mismos su castigo más ó menos inmediato: el desprestigio personal de sus autores, y la decadencia y la ruina final de la institución que representan, por hacerla inútil para el fin que persigue.

Júzguese por este breve bosquejo lo calamitosa que sería esa peste moral, si llegara á inficionar organismo tan delicado como el de las instituciones docentes, y á malear función tan importante para la vida individual y social, como es la enseñanza.

Desde el momento en que el Catedrático no pusiera empeño en cumplir perfectamente su cometido, relajando con su pasividad la disciplina académica, el otro elemento, el estudiante, menos reflexivo, viendo el mal ejemplo donde debiera ver el modelo de perfección, aprovecharía como diez la licencia que como uno le permitiese el maestro. Y así vendría sucesivamente el abreviar el tiempo de las clases, el suprimir días de ellas, el emplear del modo más inútil el poco tiempo que se les dedicase, el reducir la función educativa á una verdadera instantánea académica, de la que únicamente podrían obtenerse buenos resultados contando con la ilusoria condición de que los discípulos, perfectamente preparados, como las placas extra-rápidas, pudiesen recoger en una centésima de segundo los miles de detalles concentrados por la lente magistral. Y como ésto puede asegurarse desde luego que es difícilísimo, si no imposible, el resultado habría de ser la ineficacia, la inutilidad de la enseñanza oficial. Ante ella se haría general el sistema de aprender sólo con el auxilio del libro, á pesar de los inconvenientes que tal sistema ofrece para un entendimiento inexperto; porque todo el mundo se creería con aptitud para hacer lo mismo que aquellos maestros, y para prescindir de su ayuda; y como lógica consecuencia, vendría después lo que indicábamos al hablar en tesis general: la muerte de unas

instituciones, las cuales, desde el momento en que no sabían cumplir su misión y no funcionaban, habían de ser una carga inútil para el organismo social; porque en éste, como en todos rige la conocida ley fisiológica de que órgano que no funciona se atrofia y desaparece. En verdad que bien merecido tendría su aniquilamiento, pues reducida la educación á tan menguados límites, no valdría más que la despreciable tarea pseudo-filosófica de los sofistas: sería el sofisma de la enseñanza; y como la de toda falsedad, su muerte podría ser contada entre los hechos benéficos para el género humano. Y perdónesenos esta larga digresión, que no es completamente inútil, pues, aun cuando, por fortuna, hoy no tengamos que llorar desgracias tan grandes, bueno es señalar, para que sea evitado, el camino de perdición, como antes señalábamos el de perfeccionamiento.

Volviendo á éste, vamos á examinar, para concluir esta cuestión, las aplicaciones que podrían hacerse de la técnica didáctica de Sócrates, dentro del actual modo de ser de la enseñanza, para reformar la manera de *dar la clase*, único é importantísimo punto en el cual, como antes indicábamos, es fácil plantear, desde luego, la reforma, y en el que debe llevarse á cabo.

La explicación en forma de discurso ó conferencia, medio que de antiguo se ha considerado en nuestras aulas como el más propio para la enseñanza, viene haciendo tiempo perdiendo su importancia ó estimación pedagógica. Los mayores esfuerzos del profesor, para sostener la atención de los alumnos, resultan impotentes; porque exigen una intensidad y fijeza de la misma, superiores á lo que permite la natural movilidad de la mente durante la juventud. Únese á esto que, aun los alumnos de atención más sostenida, es muy fácil que dejen de comprender una ó más ideas de las principales, y como no les es dado pedir sobre éstas la aclaración inmediata necesaria, pierden, al igual que los distraídos, el hilo del discurso, y de consiguiente viene á ser, por lo general, de muy escaso valor el fruto obtenido en las clases con tales conferencias; pues exigiendo más que nada el concurso de la memoria, y dejando además desatendidos fines muy esenciales para la educación de los jóvenes, engendran, en cambio, en estos un verdadero tedio ó aborrecimiento á todo lo que se relacione con la enseñanza que en tal forma se les da.

Se hace el trabajo algo más eficaz y llevadero para los alumnos, abreviando la conferencia y haciendo á continuación el interrogatorio de la lección explicada en el mismo día ó en el anterior, interrogatorio al que acompañan las necesarias aclaraciones. Este procedimiento, aunque aventaja al que sólo emplea la conferencia, no es sin embargo el que mejor graba las ideas en la mente, ni ejerce en los alumnos la necesaria influencia para hacerles grata la clase; porque no deja de estar basado, de un modo casi exclusivo, en el uso de la memoria, y no se atiende con él al fin educativo que la verdadera enseñanza debe realizar al par que el suyo propio.

Tan variados y maravillosos efectos sólo le es dado causarlos á la técnica didáctica de Sócrates, la cual, aun cuando no se halle tan extendida como debiera, cuenta con ilustrados partidarios, distinguiéndola algunos de ellos con el nombre de *método indagativo*, sin duda porque al enseñar con él se hace una especie de investigación en la mente de los alumnos, ó se consigue que ellos mismos la verifiquen.

Desde luego que el uso de este método no debe ser exclusivo; pero podrían confiársele por completo los puntos de la asignatura que á juicio del profesor se presten más á ello, y será un auxiliar poderoso para cuantas aclaraciones tengan que hacerse, valiendo también para interesar la atención de los oyentes y dominar un numeroso concurso, mucho mejor que con el método expositivo.

Es, por tanto, indudable que, aun cuando haya alguna diferencia, será en todo caso lo más útil y conveniente en la enseñanza el empleo de ese método, en el que, como ya se ha indicado, con preguntas en tono familiar y habilmente encaminadas, el profesor ayude á sus discípulos á instruirse, es decir, los conduzca de manera que ellos mismos se instruyan y esclarezcan; les enseñe á buscar y á encontrar por sí mismos la verdad, haciendo que, como por impulso propio, se coloquen en los puntos de vista, desde los cuales descubran cuanto desee hacerles conocer; les haga fijar su atención en algunos principios de evidencia inmediata, y sacar las consecuencias que de tales principios se desprenden; y en suma, los presente en todos sus actos intelectua-

les obrando con ese impulso propio que tanto acrecienta el valor de lo conocido; pues, en efecto, cuantas luces y conocimientos se les haya así inculcado, los miran como su propia obra, porque son para ellos cosas que por sí mismos han visto y descubierto, los enlazan mejor con los que anteriormente poseían, y los sienten más propios de su entendimiento: no de otro modo que al organismo físico se asimilan de una manera más ventajosa los alimentos que han sido bien masticados y digeridos. De aquí que como sabemos, su interés y adhesión respecto á aquellos, y el placer que siempre causa la posesión de la verdad, sean muy superiores á los producidos por los conocimientos que manifiestamente les han sido comunicados por otros. Ese goce íntimo, esa grata satisfacción con que contemplan cada verdad que descubren, cada principio que formulan, y cada consecuencia que deducen, les indemniza con creces de cuanto hayan podido sufrir con las investigaciones y estudios realizados. Por eso, en vez de cansarles la clase, les agrada y aficiona al estudio; pues con la repetida y moderada gimnástica intelectual que aquella les proporciona, la inteligencia ve aumentadas de continuo la facilidad y energía en el ejercicio de sus funciones; y el joven, advertido de la mayor aptitud de su poder intelectual, entra en vivos deseos de ejercitarlo.

Tales mejoras, en lo que á la inteligencia corresponde, las que por sí solas constituyen una conquista en el fin educativo, que siempre ha de acompañar á la enseñanza, llevan además consigo el perfeccionamiento de otras potencias ó aptitudes del alma. Quien con el desarrollo intelectual experimenta con tanta frecuencia los puros y nobles goces que las adquisiciones del saber proporcionan, tiende naturalmente á igualar ó á aproximar á ellos, en cuanto le es posible, todos sus demás sentimientos; y cuanto más se esclarezca ó illustre, tanto mejor podrá comprender las leyes imprescriptibles de su naturaleza, é infundir mayor energía, fijeza y elevación de miras á las determinaciones de su voluntad.

Mas no sólo ha de venir la acción educativa de la benéfica influencia del progreso intelectual bien dirigido; sino que puede esperarse, en tanto ó mayor grado, de la cooperación que, para

realizar tan noble y transcendental intento debe prestar el profesor desde el primer día en que se presente el alumno en la escuela, hasta aquél en que termine su asistencia á las clases universitarias. Penetrado fácil y prontamente, merced al procedimiento socrático ó indagativo, de las aptitudes é inclinaciones de los alumnos, el verdadero maestro, no sólo acudirá solícito y afectuoso con observaciones directas ó veladas, según pida la prudencia, sino que en todo caso oportuno, y principalmente en lo que al orden moral afecta, ejercerá una irresistible sugestión con su propio ejemplo y con reconocer en el alumno dotes bastantes y recta inclinación para conseguir el fin buscado. Porque es bien sabido que un cumplido y oportuno ejemplo y una manifestación de confianza en los propios esfuerzos de los jóvenes, tienen más influencia sobre ellos que cuantas razones pudieran alegarse. Este proceder bien observado y constantemente seguido, vendrá á terminar, como dice un ilustre comprofesor, en "la formación del hombre armónico, esto es, educado igualmente en todas sus facultades, hasta el mayor grado que permita su potencialidad, dueño y señor de sí mismo, verdaderamente moral y libre, moderado y prudente, de altos ideales, nobles sentimientos, intención pura, carácter firme, conducta honrada y sólida competencia en su especialidad." (1)

He terminado, señores, y creo haber dado á conocer la deplorable situación á que llegó la filosofía griega en su primer periodo, así como los medios de que se valió Sócrates para introducir en la misma la más profunda y salvadora revolución que la historia de los conocimientos filosóficos nos señala; y que tales medios, á mi juicio, aplicados en cuanto es posible á la enseñanza oficial, reportarán á ésta importantísimas ventajas y la librarán de muy graves riesgos. Soy el primero en reconocer que todo lo concerniente á métodos y procedimientos de enseñanza es de la exclusiva competencia de cada profesor en su clase; pero creo á la vez que, estando todos igualmente interesados en el mejor acierto,

(1) M. Sales y Ferré. Métodos de enseñanza, pag. 10.

es decir, en que la acción de la cátedra sea lo más grata y fecunda posible, y en no dejar en nuestro proceder académico nada á que pueda aplicarse el reproche de la severa censura, ó el dardo acerado de la crítica, no habrá cosa más conveniente que el mútuo cambio de ideas sobre el modo de comprender cada uno el ejercicio de nuestra delicada profesión, y en este solo concepto me he inspirado al elegir y desarrollar el tema del trabajo que habéis tenido la indulgencia de escuchar.

No he de abandonar esta honrosa tribuna sin dejar consignado en primer término el más sentido recuerdo al que fué nuestro digno Vice-Rector y Decano de la Facultad de Derecho, D. Fabio de la Rada y Delgado, cuya dolorosa pérdida, ocurrida en el curso que ayer terminó, fué profundamente sentida por este Cláustro al que por tantos años había pertenecido tan ilustrado profesor, como cumplido y afable caballero.

Consignaré así mismo un cariñoso recuerdo á los compañeros y amigos, que por justificada atención á su mayor conveniencia, han pasado á otras Universidades; dando á la vez la más atenta bienvenida á los distinguidos profesores, que en el mismo periodo académico se nos han unido para colaborar con nosotros en la civilizadora misión que nos está confiada.

Y, por fin, á esos jóvenes que me escuchan, á quienes corresponde parte tan principal en este solemne acto, así como en el curso que va á inaugurarse, y á los cuales he dejado para este lugar, más bien que atendiendo á jerarquías académicas, por el deseo de terminar con lo que para mi corazón es lo más grato, he de saludarles, en unión del profesorado que solícito les espera para emprender la importantísima obra que de consuno hemos de realizar. Al mismo tiempo á cuantos de ellos han tomado parte en las nobles y honrosas contiendas de los Premios, les dirijo, sin tener en cuenta el resultado obtenido, la más sincera felicitación; pues al concurrir al certamen, han probado todos que se sentían merecedores de la brillante calificación necesaria para tan laudable intento. Y movido por el cariñoso interés, que en favor de la juventud estudiosa, ha de ser muy natural en quien con fé y verdadera vocación se dedica á la enseñanza, les aconsejo que, ni el triunfo envanezca á los unos, ni la contrarie-

dad deprima el ánimo de los otros, sino que todos serenos y animosos, en unión de los demás compañeros, redoblen sus esfuerzos, cuanto les sea dado, en la firme persuasión de que, con un asídúo y bien dirigido trabajo, tendrán, desde luego, segura la consecución del más valioso premio, su perfeccionamiento intelectual y moral, y podrán afrontar con valor las futuras lides y pruebas que les ofrezcan ó exijan sus estudios, para obtener en ellas el más brillante éxito.

HE DICHO.